



JOSÉ DE SAN MARTÍN  
Litografía de Madou

LEONCIO GIANELLO

# *JOSÉ DE SAN MARTÍN*



LIBRERÍA Y EDITORIAL CASTELLVÍ S.A.  
SANTA FE — ARGENTINA

PRIMERA PARTE  
*INFANCIA Y JUVENTUD*

*Queda hecho el depósito que previene la ley  
Reservados todos los derechos*

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

## LOS PADRES

El 3 de febrero —día que para los argentinos hará glorioso el combate de San Lorenzo— y en el año 1728, nació en Cervatos de la Cueva, pequeña y antigua villa de la meseta castellana, Juan de San Martín, hijo del legítimo matrimonio de Don Andrés de San Martín y de D<sup>a</sup> Isidora Gómez.

Creció robusto y sano el muchacho en aquella ancha tierra de recios vientos y de fuertes soles de la “Castilla que no ve el mar”.

La española sangre, forjadora de hazañas, bullía en sus venas impetuosa y ardiente. Las gentes del pueblo cantaban anónimos romances de la gloria del Cid; y el cura narraba a los muchachos, después de la doctrina, cuentos con rumor de armas donde las banderas de España se abrían camino sobre el derrumbe de la enemiga tropa.

Y Juan de San Martín sentía la vocación heroica como un llamado del destino, encontraba estrecho el ámbito aldeano y quizá, tirado a la sombra del chopo, junto al rumor de cristales sonoros del arroyuelo de Cervatos, soñaba con batallas quiméricas donde él era, por guerrero prestigio, campeador y paladín.

A los dieciocho años recibió la bendición paterna, dejó la casa de paredes blancas y marchó a hacer realidad su mundo de sueños. En diciembre de 1746 se incorporó al Regimiento de Lisboa.

Dobló su edad en azarosas campañas —recorriendo largo a largo su España combatiente— en los ejércitos de Guipúzcoa y Navarra, de Galicia y de Extremadura; en la dorada Andalucía y en la africana Melilla. Tenía treinta y seis años cuando le firmaron sus despachos de oficial.

El ascenso a teniente coincidió con su destino al Río de la Plata. Llegó a Buenos Aires donde su larga experiencia en la milicia fue utilizada eficazmente en la instrucción de reclutas, hijos de la tierra, preparándolos a luchar contra el codicioso avance lusitano. Luego de asistir al bloqueo de la famosa Colonia del Sacramento, se le confió el mando de dos guardias: Las Víboras y Las Vacas, en la Banda Oriental.

La expulsión de los jesuitas ejecutada en la gobernación de Buenos Aires por Bucarelli, cambia la índole de sus servicios: “ya no es el militar subalterno que instruye reclutas y ejecuta ciegamente las órdenes de sus superiores —dice Villegas—, ahora es un hombre de gobierno”.

Y la tarea es nueva y distinta, pesada y llena de responsabilidad: Don Juan de San Martín, con su honesto tesón castellano, la ejecuta limpia y cumplidamente, en patriarcal y celosa administración que merece el elogio de los superiores y la confianza de los gobernados.

Por razones del cargo viajaba con frecuencia a Buenos Aires donde en un atardecer, al salir del novenario, luego de haber seguido con ojos admirados durante largo rato la airosa estampa de Gregoria Matorras, comprendió que había llegado la hora del amor.

Gregoria Matorras y del Ser, tenía a la sazón treinta años. Española, como quien sería su esposo, era también como él de Castilla la Vieja, donde había nacido el 12 de mayo de 1738 en Paredes de Nava, pueblo cercano a Cervatos de la Cueva.

Hija de un hogar acomodado y profundamente católico, la muerte de su madre y de su hermano mayor la decidieron a venir a América con la familia de su primo Don Jerónimo Matorras, quien llegaba a Buenos Aires a cumplir importantes funciones, luego de haber sido alférez real en tiempos de la Jura de Carlos III.

En la pequeña Buenos Aires de fines del siglo XVIII, paseó su estampa garrida de castellana hermosa y, desde aquella tarde a la salida del novenario, comenzó su noviazgo con el capitán San Martín, que siempre hallaba pretextos a hurto de obligaciones para pasar y repasar por la calle de Santa Rosa...

Sus funciones en la Banda Oriental hacían frecuentes las ausencias del capitán enamorado, que dado el poder y obtenido el permiso del gobernador Vértiz, contrajo enlace con doña Gregoria el 1º de octubre de 1770, actuando de poder-habiente su amigo íntimo Don Francisco Somalo, capitán de los Dragones de Buenos Aires. Casi de inmediato, en el primer barco que zarpaba para la costa oriental, partió la recién casada.

Fue aquel un matrimonio ejemplar y dichoso, presidido de amor y cimentado en virtud. En la costa oriental, en la Calera de las Vacas, el 18 de agosto de 1771, nació María Elena, la primogénita y al año siguiente, el 28 de octubre, Manuel Tadeo, el primero de los varones.

El 25 de febrero de 1774 nació Juan Fermín Rafael, cuando ya su padre había obtenido el esperado nombramiento de ayudante mayor.

Vacante el cargo de teniente gobernador del departamento Yapeyú en las antiguas Misiones Jesuíticas, Don Juan de San Martín fue destinado a ese importante puesto; pero permaneció en Buenos Aires unos trece meses antes de asumir el gobierno. A fines de marzo de 1775 emprendió viaje. Por caminos difíciles y solitarios se iba internando en la selva magnífica empenachada de alto cielo.

El 5 de mayo de 1755 se formó la tropa frente a la casa del gobernador. Redoblaron los tambores. Acudió la población indígena con expectante curiosidad, y el ayudante mayor, Don Juan de San Martín, se hizo cargo de su gobierno de Yapeyú.

En el viejo cuadrante de la plaza marcaba el encendido sol de la mañana la hora del presagio y del destino...

## EL SOLAR PREDESTINADO

En la margen derecha del Uruguay, que en la lengua nativa quiere decir "río de los pájaros", se levanta el pueblo más meridional de las Misiones Jesuíticas del Uruguay: Nuestra Señora de los Santos Reyes de Yapeyú, pueblo que es capital del departamento al que daba su nombre cuando Don Juan de San Martín ejercía aquel gobierno.

El río de limpias aguas le canta con acento de siglos suave rumor enamorado; y el bosque verde, en constante exuberancia, lo ciñe con apretada esmeralda bajo la comba cerúlea de un cielo luminoso.

Con su puerto fluvial era el emporio mercantil de la región. Los productos de su propio suelo y los de las otras antiguas reducciones pertenecientes a su jurisdicción como San Francisco de Borja, Santo Tomé y La Cruz, eran embarcados en Yapeyú para salir, aguas abajo, rumbo a Buenos Aires.

Fue fundado en 1627 por Roque González de Santa Cruz, sacerdote que en su misión apostólica fue martirizado por los infieles de Coaró. Al poco tiempo la edificación era compacta en torno de la plaza y la ciudad opulenta con más de seis mil habitantes, tenía ya su famoso colegio donde se enseñaba matemáticas, latín, di-

bujo, música y tipografía, pintura e imaginería. La biblioteca era de gran importancia, hermosos sus templos con magníficas imágenes talladas por los artistas indios; y los colmados graneros decían la verdad de su riqueza, una riqueza nacida del trabajo fecundo cumplido con alegría.

La expulsión de los jesuitas había traído desmedro a las antiguas reducciones que guardaban, empero, algo de su antiguo esplendor. Quedaba su importancia como factor económico: verbales, naranjales, árboles de rica fruta, higueras, duraznos, peras y manzanas crecen en lujuriosa profusión. La palmera eleva su altura enhiesta y en el monte se dan con abundancia los espinillos florecidos en redondeles de oro y los algarrobos de vaina dulzona. Más hacia el norte los grandes helechos abren el paso a la vegetación propia de la floresta brasileña y, por todas partes, los cursos de agua riegan la tierra fecunda y van a echarse en el "río de los pájaros" que arrastra su líquida claridad entre barrancas donde ceibos, talas y espinillos ponen su viva decoración de égloga.

Aunque luego de la expulsión de la orden, las Misiones pasaron a la autoridad temporal, representada en Yapeyú por Don Juan de San Martín, mucho de la organización jesuítica subsistía porque indudablemente estaba estructurada en base a un gran conocimiento del habitante de la zona.

Por eso, en los talleres afanosos, en la colmada sementera, en la labor pecuaria de las estancias, el trabajo del indio rinde su fruto que llena los depósitos con

los muchos productos de aquella rica zona, y hasta una fundición extrae en sus hornos el acero y el hierro de las piedras "itacurús".

Según la costumbre implantada por los Reverendos Padres Jesuitas el trabajo es colectivo y se realiza entre músicas nativas y cánticos religiosos. Algunas veces cornetas y tambores dan sus tonos bélicos porque el gobernador dirige el adiestramiento de las milicias nativas ejercitándolas para defender a las Misiones del ataque de minuanes y portugueses.

En aquella tierra de Yapeyú nació el tercero de los varones: Justo Rufino, posiblemente a mediados de 1776. Y, frente a la amplia plaza en la casona del gobernador, el día 25 de febrero de 1778, cuando un sol de fragua encendía el pueblo, vino al mundo quien sería el mensajero armado del destino para sellar la gloria de la patria y de América con inmarcesible laurel de libertad.

José Francisco fue el nombre que le dieron sus padres en la pila bautismal. En aquel ambiente de trabajo y de guerra creció el pequeño. A menudo veía salir las tropas a combatir contra la incursión portuguesa y el asalto minuán, y atisbaba la angustia callada de doña Gregoria por la suerte de los que habían partido.

Y también con frecuencia acompaña el niño a la madre a la Iglesia de la Compañía y de rodillas ante la imagen del Rey Mago Baltasar, el "reyecito negro", milagroso para la fe de los nativos, mientras doña Gregoria desgranaba las cuentas del Rosario, el pequeño contemplaba la imagen de artística talla guaraní, rodea-

da por angelitos de rostro aindiado que desde la cima del altar parecían sonreírle.

Don Juan de San Martín luego de un gobierno ejemplar por su diligencia y honradez; mal cobrados sus lerdos haberes que alguna vez tuvo que gestionar su esposa ante las autoridades de Buenos Aires; después de haber defendido su gobierno de portugueses ambiciosos o de minuanes depredadores; como siempre pobre, pundonoroso y altivo, se creyó con sobrado derecho y pidió a su rey ascenso y destino.

Llegó a la capital del Virreinato, la Buenos Aires de su briosa juventud donde un día le sedujeron los ojos de la novia castellana.

Cuatro años tendría, aproximadamente José Francisco cuando su familia llegó a Buenos Aires. Allí le pusieron en un colegio de primeras letras, y cuenta Sarmiento en emocionada evocación, que el muchacho moreno "organizaba con sus compañeros batallas entre "guaraníes" y "lusitanos" para hacer guerras infantiles como aquellas reales entre cuyo estrépito había nacido".

Don Juan de San Martín, el padre, estuvo en Buenos Aires poco tiempo. Acaso un año. Deseoso de dar carrera a sus hijos, "la hidalga carrera de las armas", partió con los suyos para España a fines de 1783 en la fragata "Santa Balbina"; llevaba por todo caudal mil quinientos pesos luego de haber servido durante treinta y siete años a su rey en batallas de España y en combates y gobiernos de América.

Se abría ante la proa, florecida en rosetones de espuma, la anchura del mar; y un niño serio y grave, pre-

maturamente grave, piensa en su pueblo de las lejanas Misiones; en un rumor de tambores fragorosos llamando a la pelea o de pausadas campanas que convocan las colmenas del trabajo... y en aquellos ángeles de talla indígena que en la iglesia de la Compañía parecían sonreírle con esa misma sonrisa, apenas dulce y resignada, que tenían los niños morenos de su jugosa tierra guaraní.

SEGUNDA PARTE

*LA FORJA DEL SOLDADO*



## EL TEMPLE HEROICO

Magro el caudal, desfallecida a menudo la voluntad en la tarda gestión nunca resuelta, Don Juan de San Martín sólo veía renacer la esperanza en el futuro de sus hijos.

Los cuatro varones, herederos de esa sangre suya calentada en la hazaña, habían seguido como él la carrera de las armas. Los mayores, Manuel Tadeo y Juan Fermín, habían ingresado en 1788 en el Regimiento de Infantería de Soria que acababa de llegar del Perú y al que, por su historial bélico, llamaban "El sangriento".

Justo Rufino lucía en la Casa Real el brillante uniforme de los Guardias de Corps.

José Francisco, el menor, que, "a ejemplo de su padre y hermanos desea seguir la distinguida carrera de las armas", como lo expresa su solicitud de ingreso de fecha 1º de julio de 1789, ingresó en el Regimiento de Infantería de Murcia, llamado "El Leal". El uniforme de este cuerpo era de color blanco con vivos celestes y Mitre destaca la singular coincidencia de que el niño cadete "vistiera al iniciarse en la carrera de las armas los mismos colores que treinta años más tarde pasearía en triunfo por la mitad del continente".

A la edad en que otros niños no han salido aún de sus juegos, el guerrero precoz embarcaba con su regimiento para Melilla, guarnición africana del más duro y arriesgado servicio. Allí dió pruebas de aquel valor sereno que sería constante cualidad de su vida.

Poco después, en 1791, su batallón marchó a guarnicionar la plaza de Orán, también en África. Bajo un sol de fuego, escasas la munición y el agua, la fortaleza soportó el asedio enemigo "hasta quedar convertida en un montón de ruinas". En aquellos treinta y tres días de durísima prueba el muchacho demostró la pujanza de su temple.

Mientras en esta recia forja africana moldea San Martín su reciedumbre heroica, ocurren en Europa hechos trascendentales que señalan el comienzo de una nueva edad histórica. En Francia la revolución triunfante ha proclamado, sobre el derrumbe de los derechos del rey, la aurora nueva de los derechos del hombre, y la revolución, misional y heroica, lucha en todas las fronteras contra los soberanos coaligados.

La España borbónica de Carlos IV está también, por cierto, en lucha con la Francia revolucionaria a la que invade por el Rosellón, la vieja ruta de seculares invasiones.

El regimiento de Infantería de Murcia, "El Leal", en el que está San Martín, recibe la orden de incorporarse al Ejército del Rosellón que manda el general Ricardos, excelente táctico al lado de quien el cadete predestinado de la gloria aprendería grandes enseñanzas. Apenas llegado a la línea de fuego, San Martín se dis-

tinguió por su arrojo y condiciones militares en todos los ataques al campo atrincherado de Boulou, en la frontera francoespañola.

Luchó con valor en la defensa de Torre Balera, y de Creu del Ferro y destacó sus condiciones combativas en los ataques a las alturas de San Marsal y a las baterías de Villalonga, en el encuentro de la Hermita de San Lluc y en el asalto al reducto artillado de Banyuls del Mar. Estuvo en las batallas de Masdreu y de Truilles y en todos los combates librados en esa campaña hasta la rendición de Collioure. Por sus méritos se hizo acreedor a rápidos ascensos.

Por el tratado de Basilea que puso fin a esta guerra, España, vencida, se vió obligada a aliarse con Francia, lo que le significó entrar en lucha con Inglaterra, la tesonera enemiga de la revolución francesa.

Don Juan de San Martín estaba en estos tiempos de duro guerrear enfermo y viejo. Sus hijos se batían en primera línea heroica y tesoneramente. Combatían ahora en el Ejército de Cataluña que manda el valiente pero poco talentoso Conde de la Unión. El viejo soldado ve rondar cercano el paso de la muerte, mas la espera tranquilo: la hija, María Elena, espejo de virtud, es escudo y apoyo para la madre anciana, y sus cuatro muchachos seguirán perpetuando su limpio nombre en las listas del ejército. Sonreía el viejo soldado en aquella tarde helada de diciembre de 1796 en que la muerte vió en sus ojos un desplegado panorama de batallas.

## LA INVASIÓN NAPOLEÓNICA

José de San Martín continúa luchando bajo el pendón oro y gualda, por tierra y por mar, con idéntico denuedo. El regimiento de Murcia es embarcado en la fragata "Santa Dorotea" y sostiene enconado combate con el navío "El León", uno de los más fuertes de la flota inglesa. En 1801, San Martín que está en la campaña de Portugal interviene, al frente de una compañía de El Murcia, en el asedio y la rendición de la plaza fuerte de Olivenza. Luego de la Paz de Amiens combate con su regimiento en los bloqueos de Ceuta y Gibraltar.

En 1802 va en misión de reclutamiento por las tierras de Castilla la Vieja, el solar de sus padres. Allí fue asaltado por unos bandoleros y recibió una grave herida en el pecho de la que quedó resentido durante mucho tiempo.

En 1807, formando parte del batallón de infantería ligera del Regimiento Voluntarios de Campo Mayor, interviene en aquella llamada "guerra de las naranjas", en que las tropas españolas unidas a las francesas invadieron casi sin resistencia a Portugal, la vecina ibérica.

Entretanto germinan en España graves y dolorosos sucesos. La discordia entre Carlos IV y su hijo Fernan-

do VII es aprovechada por Napoleón para poner a su hermano José en el trono español. Pero el pueblo se levanta con heroica indignación. El alcalde de Móstoles publica el bando espartano que asombra a Europa: "La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles acudid a salvarla". El 2 de mayo el pueblo de Madrid es agredido y en La puerta del Sol "el vecindario lucha a la desesperada contra los escuadrones de Mamelucos y Polacos". Las bravas mujeres del barrio de la Paloma defiendo la Puerta de Toledo y, en el Parque de Monteleón, los capitanes Daoiz y Velarde dirigen aquella resistencia heroica que renació en el pincel de Sorolla.

Manuel Tadeo y Juan Fermín San Martín estuvieron entre los españoles rebeldes en aquella jornada gloriosa en que las huestes imperiales "adquirieron el convencimiento de lo muy cara que había de costar a Napoleón la empresa de querer avasallar a un pueblo instintivamente celoso de su independencia".

De inmediato toda España arde en frenético ardor de libertad. No ha transcurrido una semana desde los sucesos del 2 en Madrid cuando como un símbolo para esta nueva reconquista, Asturias la de Covadonga y Don Pelayo, se arma contra el invasor.

Y Oviedo, La Coruña, Cartagena, Sevilla, Jaén, Córdoba, Granada, Cádiz, Extremadura, Murcia, Valencia... España toda se lanza a la pelea al frente de caudillos que son militares, sacerdotes o labriegos.

Mientras ocurre esta exaltación que es comienzo de la guerra de la independencia española, San Martín

se encuentra en Cádiz, otra ciudad señera en su destino.

Cádiz, "proa de España hacia América", ciudad rumorosa de aventuras marinas era por entonces centro activo de conspiraciones. Allí habían echado antes que en ninguna otra parte de España fuertes raíces el pensamiento revolucionario de la Francia de 1789, la Enciclopedia y la Ilustración. Allí vivían jóvenes americanos que se inspiraban en ese credo de libertad y soñaban con ver a sus patrias ultramarinas convertidas en naciones de una América libre. Allí le fue presentado un muchacho chileno que era entonces tan sólo Bernardo Riquelme, y que luego usaría el paterno apellido O'Higgins; y allí su amigo el capitán de marina Don Matías Zapiola le confió el secreto de una logia de criollos que unía voluntades decididas en un común afán de libertad para América. Allí conoció al Dr. Anchoris, a Carlos María de Alvear, Francisco de Gurruchaga, José Moldes, Francisco Chilavert y otros jóvenes criollos dispuestos a sacrificarlo todo por el triunfo de su ideal. Aquella logia se llamaba Reunión de los Caballeros Racionales y Zapiola, secretario de ella, invitó a San Martín a afiliarse.

Buenos Aires acaba de rechazar, principalmente por esfuerzo de los criollos, a las tropas de Inglaterra que quisieron agregarla como un florón a los dominios de la Corona Británica; noticias que transmitían a la logia de Cádiz, Rodríguez Peña y Pueyrredón demostraban que los tiempos estaban madurando para la emancipación. Tras una intensa lucha interior San Martín

escuchó el mensaje de su tierra americana anhelosa de futuro más allá del mar y prestó aquel juramento inicial cuya fórmula recordaba Zapiola, casi centenario, al general Mitre, el biógrafo insuperado de San Martín.

Por aquella incorporación del futuro Libertador a la logia de Cádiz fue esta ciudad señera en el destino del héroe. Y también porque en ella tomó parte en un trágico episodio del que como dice Gérard —su biógrafo y amigo de Boulogne— acaso proviene la repugnancia que siempre sintió desde ya en adelante por las demostraciones incontrolables de la multitud.

Aquel acontecimiento gaditano fue el tumulto popular en el que "las turbas conducidas y armadas por siniestros personajes" acusan de traición al Capitán General Don Francisco María Solano, marqués del Socorro, lo asesinan y arrastran su ultrajado cadáver por las calles de la convulsionada ciudad andaluza.

San Martín, que era edecán del general Solano, quiso contener a la multitud exaltada; atrincheróse con su guardia, colocó dos piezas de artillería y contuvo la avalancha. Sólo se retiró cuando supo que el Capitán General había abandonado el palacio. Por desgracia Solano fue alcanzado por la desatada muchedumbre y sufrió el desdichado fin que arriba anotamos. El mismo San Martín estuvo a punto de sufrir análoga suerte pero el coronel Cruz Mourgeón, jefe del regimiento de Murcia pudo ocultarlo en su casa "hasta que salió para Sevilla burlando las porfiadas pesquisas del populacho que lo buscaba por todas partes".

De Cádiz marchó de incógnito hacia Sevilla. Por todas partes tronaba el fusil buscando el pecho de los invasores. Núcleos importantes de fuerzas españolas se organizaban para dar batalla campal a las águilas de Napoleón. San Martín ingresa por pedido de su antiguo jefe el Marqués de Coupigny en las fuerzas de la segunda división que éste comanda. Se le destina una fuerza de caballería. Va a cruzar su espada con las legiones invencibles del gran emperador. Ardor de combate le lleva en busca de los ejércitos invasores. Y cabalga en su caballo de pelea por las anchas rutas por donde un día el Cid —“polvo, hierro y sudor”— levantó la vertical heroica de Tizona para señalar el meridiano de la gloria de España.

## TRES JORNADAS HEROICAS

El Ejército de Andalucía a las órdenes del general Castaños lucha denodadamente contra las fuerzas invasoras del general francés Dupont. Una avanzada española al mando del coronel Juan de la Cruz Mourgeón hace servicio de avanzada sobre las líneas del Guadalquivir. La vanguardia de la columna de Mourgeón —veintitantos Húsares de Borbón y Olivenza— está al mando del Capitán José de San Martín, que marcha erguido y gallardo al frente de los suyos, mientras el sol parece acuñar en encendido metal de medalla su firme perfil clásico. Vibra de luz el panorama de la dorada Andalucía y el cielo azul se espeja en el pausado andar del río que, como un tajo, corta aquel pedazo de llanura.

Arde en fuego la tarde. La espuma blanca de los belfos y de las cinchas dice del cansancio de las cabalgaduras. Un monótono golpear de sables contra el cuero de las sillas acompasa la marcha. Sobre los altos álamos se embandera la siesta con una leve nube blanquecina.

El jefe de la columna marcha avizor oteando la lejanía. De pronto, tras un montecillo en el Camino de Arrecifes, se oye vibrar el bronce del clarín francés tocando a formación. La descubierta enemiga está compuesta por un escuadrón de Dragones. San Martín se

apresta para la carga heroica, pero el adversario rehuye el encuentro y se retira hasta la Casa de las Postas, en Arjonilla, para esperarlo en formación de combate.

San Martín, desnuda su espada de epopeya, lanza sus Húsares en incontenible arremetida y desbarata completamente a aquellos Dragones famosos de la leyenda napoleónica que dejaron el campo sembrado de cadáveres y volvieron grupas ante la carga formidable.

Como cinco años después en San Lorenzo, San Martín estuvo en Arjonilla en trance de perder la vida. Un oficial de dragones se precipita sobre él en alto su sable; iba ya a tajar el arma enemiga cuando un soldado, Juan de Dios, de un bayonetazo tendió al dragón. ¡Juan de Dios! hombre y nombre del destino, le salvó en la jornada de Arjonilla para que pudiese cumplir su misión americana, como Juan Bautista, el correntino heroico, le salvará en la argentina San Lorenzo que es su bautismo bélico en la epopeya de la libertad.

Fue aquella la gloriosa jornada de Arjonilla: un reo chocar de aceros y un incontenible ímpetu heroico. El nombre de San Martín comenzaba a conocerse en los corrillos de los campamentos y el diario oficial del gobierno destacaba su mérito y su coraje.

La otra gran jornada gloriosa en la que tomó parte destacada San Martín fue la batalla de Bailén y su importante acción preliminar el combate de Andújar.

En mayo de 1808 el mariscal francés Dupont se dirigió a Andalucía, saqueó a Córdoba y, reforzado por las divisiones de Vedal y Gobert, esperó en Andújar al ejército español que mandaba el general Reding. El 16

de julio en Andújar se libró la acción donde Reding ganó su ascenso a Teniente General; en ella se destacó principalmente San Martín que fue uno de los jefes que más se distinguieron al acometer con ímpetu a los franceses que tuvieron que refugiarse precipitadamente en la plaza de Bailén.

Tres días más tarde, un 19 de julio triunfal para las armas españolas, se trabaron en enconado combate desde el amanecer hasta el mediodía las tropas francesas de Dupont y las hispanas de Reding. El jefe francés pidió una suspensión de armas que le fue concedida y el 22 de julio se firmó la capitulación que destruyó el mito de la invencibilidad de los ejércitos napoleónicos, obligó a José I a salir precipitadamente de Madrid y despejó de invasores gran parte del territorio mientras los franceses se concentraban en el norte de la península.

San Martín recibió el grado de teniente coronel "por sus maniobras habilísimas antes de la batalla", dice Sarmiento. Su heroico comportamiento en aquella inmortal jornada fue premiado con la medalla de oro a los "Héroes de Bailén". Al frente de los soldados a su mando entró en Madrid con el ejército vencedor el 23 de agosto. Todo fue entonces júbilo: el pueblo volcado en las calles lloraba de alegría ante la entrada de los libertadores; vibraban en el Guadarrama los ecos de las salvas y el metal jubiloso de las campanas agradecía al cielo el milagro de la liberación.

La tercera de sus grandes jornadas en España fue la batalla de Albuera, que tuvo lugar el 16 de mayo de 1811. El 10 de marzo de aquel año el mariscal Soult se

había apoderado de la plaza de Badajoz, ciudad que se empeñaron en reconquistar el general inglés Beresford y el generalísimo español Castaños. A las fuerzas de éstos se unieron las mandadas por el general Blake y por don Carlos de España que pusieron sitio a la ciudad.

Apenas tuvo Soult conocimiento de la iniciación del asedio, corrió en auxilio de la ciudad sitiada; pero los aliados con una hábil maniobra le salieron al paso en la Albuera logrando una brillante victoria.

El jefe de las fuerzas aliadas triunfantes en la jornada era aquel mismo Guillermo Carr Beresford que cuatro años antes había rendido los orgullosos pendones de Inglaterra a los improvisados ejércitos que reconquistaron a Buenos Aires.

San Martín tuvo papel destacadísimo en la batalla. Como en los combates de los cantares de gesta en que cada bando enviaba su paladín, se trabó en mortal combate cuerpo a cuerpo con un oficial de la caballería francesa. En el primer choque San Martín resultó herido en la mano derecha por un largo tajo que le produjo abundante pérdida de sangre... "probó en sí el sable de los coraceros franceses". Enardecido por aquella herida, trémulo de valor, ensangrentados mano y brazo hasta más allá del codo, se lanzó de nuevo contra el oficial de coraceros. Caballo contra caballo, chocaban las espadas enrojadas de sangre y doradas de sol. Ambos ejércitos presenciaban aquel combate que era una estampa de los tiempos de la vieja caballería; hasta que el sable de San Martín cayó tajante sobre la cabeza ru-

bia del coracero que quedó tendido para siempre en el campo del honor.

Aquel año pasó a revistar en el Regimiento de Sagunto, regimiento que conmemoraba la heroica resistencia de la ciudad ibérica en tiempos de la lucha contra Aníbal y que llevaba en su bandera estampados un sol y una inscripción latina cuyo significado es el siguiente: "disipa nubes y remueve obstáculos".

Aquel fue su último servicio en el ejército español. Desde hacía tiempo tenía noticias de los promisorios sucesos de mayo en Buenos Aires; sus compañeros de la logia le transmitían importantes revelaciones. Sus ideas de libertad, su afán de servir a la patria que quería emanciparse, la misteriosa vocación de su destino, todo le llamaba con urgente ansiedad convocándolo a la cita con lo que sabía era su misión y su deber.

Solicitó su retiro del ejército español "con sólo el uso de uniforme de retirado y fuero militar", lo que obtuvo, así como el permiso para pasar a América. Poco después con la ayuda de su amigo Lord Fife —una romántica figura a lo Byron— consiguió embarcarse con destino a Londres. Salió de Cádiz el 14 de setiembre de 1811. En el cielo, alta y pura, toda teñida en brillo, se alzaba la estrella...

TERCERA PARTE

*EN LA TIERRA DE MAYO*



## LA VOZ DEL DESTINO

San Martín encontró en Londres a numerosos jóvenes americanos, como él ardientes paladines de un credo de libertad. Buenos Aires y Nueva Granada, casi simultáneamente, se habían sublevado contra el poder virreinal y luchaban ahora en demanda de gobierno propio. Moreno, fogoso tribuno imbuido en Chuquisaca de las ideas de la Enciclopedia, había traducido en la callada Buenos Aires, el Contrato Social de Juan Jacobo; Antonio Nariño, el talentoso neogranadino, había traducido poco antes en Bogotá la "Declaración de los Derechos del Hombre".

Aquella juventud a la que se unió San Martín con sus treinta años graves pero ardidos de ideal, era decidida partidaria de la revolución francesa y de las ideas de igualdad, libertad y fraternidad que ella pregonaba. Querían llevar a su América virgen, ancha de porvenir y libre de odios, aquellos altos ideales para hacerlos fructificar en el vasto mundo americano.

Londres y Cádiz eran los más activos centros de propaganda revolucionaria. En la primera de estas ciudades se había organizado en 1799 la Reunión Americana de tan trascendente papel en la libertad de nuestro continente. El venezolano Francisco Miranda fue su fundador.



JOSÉ DE SAN MARTÍN

Retrato hecho por el pintor J. Gil de Castro en Chile, en 1818

Amigo de Pitt (el joven), de Arturo Wellesley —el futuro Duque de Wellington—, y de Jorge Canning —que sería el primero en reconocer la independencia de Hispano-América—, sus relaciones le permitieron actuar con eficacia y sin ocultamiento.

Aquel centro constituido por Miranda era punto de reunión de todos los americanos que llegaban a Londres. Allí estuvo el impetuoso y cesáreo Simón Bolívar y un muchacho chileno que sería el gran O'Higgins del abrazo de Maipo.

Según tradición muy repetida, el nombre de Lautaro que luego se dió a la logia estaría íntimamente vinculado a O'Higgins que en arrebatado de exaltación patriótica cuando fue presentado a Miranda, había exclamado: “¡Ved en mí a los restos melancólicos de mi compatriota Lautaro!”

Muy posiblemente esto es sólo leyenda, pero de todos modos el nombre elegido fue un acierto pues era el del caudillo araucano que ensayó nuevas tácticas para derrotar al hispano y que venció a Valdivia en la cruenta jornada de Tucapel. Ercilla, en un poema inmortal, lo había cantado:

“El ánimo en las grandes cosas puesto”

y recordaba que había incitado a los araucanos para que enfrentaran a los hombres de armas de España:

“Al duro hierro osado pecho dando”...

La logia tenía externamente formalidades del rito masónico, mas su finalidad era muy distinta: era conseguir la independencia de América y este carácter eminentemente político permitió que muchas personas de arraigadas creencias religiosas ingresaran en ella sin desmedro para sus convicciones.

Muy poco se sabe de su organización pues el secreto jurado fue guardado estrictamente <sup>(1)</sup>. Sólo Zapiola, en los escritos de su ancianidad, dejó algunas revelaciones que no permiten tampoco cimentar afirmaciones definitivas por lo que queda en pie lo que se ha dado en llamar "el secreto de la logia Lautaro".

San Martín que se había afiliado en Cádiz a la logia que allí funcionaba en relación con la central de Londres, obtuvo en Inglaterra los dos últimos grados cuyos nombres-misión eran: "Igualdad" y "Justicia", respectivamente.

En Londres acordaron con otros "hermanos" de la logia gaditana, Carlos María de Alvear y José Tomás Zapiola y los jóvenes oficiales rioplatenses Vera, Arellano y Chilavert, venir a Buenos Aires y ofrecer sus espadas a la causa de la patria. Se unió a ellos el teniente coronel de las guardias walonas, Barón de Holmberg, oficial alemán que había combatido contra Napoleón y que estaba dispuesto a cruzar el Atlántico en jornada de libertad.

(1) San Martín cuando su amigo el general Miller le recabó datos sobre la logia, le manifestó que le era imposible dárselos en cumplimiento del juramento de guardar el secreto.

En enero de 1812 dejaba San Martín el brumoso muelle del Támesis; iban con él los antes nombrados patriotas y la esposa de Alvear, Carmen Quintanilla, la española bellísima que por instancia de amor compartía con entusiasmo los libertarios ideales de su esposo.

Cincuenta días duró el viaje monótono y riesgoso. Más de una vez los pasajeros ayudaron a la maniobra marinera halando cabos, achicando el agua de cubierta o tomando rizos sobre las jarcias. La comida era malísima y, a poco de pasada la primera semana no hubo ya alimento fresco. Pero si penoso fue el viaje, el alto sueño de patria que ardía en todos los corazones no dejaba lugar para preocuparse por las minucias de lo incómodo.

Haciendo proyectos heroicos los Caballeros de la Libertad veían acortarse la distancia marina hasta que el agua leonada les indicó que entraban en el ancho río de la patria.

Arribaron en la mañana del 9 de marzo de 1812. Entre el cabrilleo de las aguas del Plata, fueron en botes hasta la playa y luego, en carros, se trasladaron hasta las barrancas de la Aduana.

Un viento húmedo y cálido, como aquel de su Yapeyú natal, le traía amontonados recuerdos al jefe gallardo que, mientras agrupaban los bultos con estrépito y se abrían y cerraban los abrazos en el reencuentro, pensaba en ese misterioso llamado de la patria mientras se quebraban mil reflejos de sol en esa cristalina gota tenaz que se irisaba en el temblor de sus pestañas.

## EL REGIMIENTO INMORTAL

Deseoso de servir a la patria, San Martín presentó al Triunvirato su foja de servicios en la que se destacaba su valor probado, sus rápidos ascensos en acciones de guerra, el excelente concepto de su capacidad y el hecho de no haber obtenido ninguna licencia en sus veinte años de continuado guerrear en la península.

Tan meritorios antecedentes inclinaron a las autoridades a ver en San Martín al jefe que necesitaban para organizar un cuerpo de caballería según la técnica militar europea.

En Buenos Aires eran aquellos días de intranquilidad y de sospecha y muchos desconfiaron de este jefe que renunciaba a tan brillante carrera militar en España. No comprendían la magnitud de su sacrificio y murmuraban creyéndole un espía español.

Carlos María de Alvear, sobrino de Posadas y emparentado con las principales familias porteñas, dió fianza por su amigo y refirmó las cualidades de patriota que adornaban a San Martín.

San Martín proyectó la formación de un cuerpo de caballería, arma que había adquirido gran importancia en las guerras de Napoleón y dado jefes aureolados de

leyenda como Ney y Murat <sup>(1)</sup>. Pensaba que el arma se acomodaba especialmente a las condiciones topográficas de nuestro país y a la calidad de jinetes consumados de sus habitantes.

El Triunvirato autorizó la formación del cuerpo y luego de reconocerle en su grado "por sus méritos y servicios y relevantes condiciones militares" nombró a San Martín, el 16 de marzo de 1812, comandante del escuadrón de caballería que debía organizarse. Por el mismo decreto fueron designados segundos jefes Alvear y Zapiola.

El regimiento de Granaderos a Caballo, que tal fue el nombre que le dió su jefe, ocupó transitoriamente el cuartel de la Ranchería (calles Perú y Alsina) hasta que el 5 de mayo se acuarteló en el Retiro, en el mismo lugar donde hoy en la plaza epónima levántase la estatua ecuestre del Libertador.

El Retiro era entonces un suburbio de la ciudad donde había funcionado durante la primera mitad del siglo XVIII el mercado de esclavos y más tarde la Plaza de Toros. Después de las invasiones inglesas se le conoció con el nombre de Campo de Marte. Desde la creación del cuerpo "no se oyó en aquel lugar —según dice

(1) "La vida orgánica profesional de los granaderos a caballo como cuerpo especial se inició en Francia cuando Luis XIV decretó bajo ese nombre la formación de un cuerpo selecto de caballería destinado a combatir tanto a pie como a caballo. Tales granaderos se distinguieron en las campañas de la Liga de Ausburgo, de la Sucesión de España y de Austria. Ver **Ismael Piedranueva**: "Historia del regimiento de granaderos a caballo general San Martín". "El Hogar", N° 2092.

Vicente F. López— desde el amanecer hasta la noche otra cosa que grupos de granaderos ensayándose en el arte de vencer”.

Eligió el conductor para formar este cuerpo selecto a jóvenes de buena presencia, de alta talla y que fuesen muy buenos jinetes. El gobierno, a su pedido, destacó a Francisco Doblás para traer de las Misiones “trescientos jóvenes de talla y robustez”.

La instrucción era rigurosa y San Martín se preocupaba personalmente por el adiestramiento de los reclutas de los que se había destinado un contingente para instruirlo bajo su inmediata dirección. El general Jerónimo Espejo ha narrado en emotivos recuerdos esta preocupación de San Martín por la formación de sus granaderos: “Salía el escuadrón formado a la plaza y él (San Martín) como su maestro instructor dictaba la lección de viva voz explicando en los términos más sencillos la posición del recluta. Luego hacía salir a uno de ellos al frente para demostrar en él el modo de colocar la cabeza y la vista, poner los brazos, las piernas, las rodillas, las manos, el cuerpo todo en fin en una posición académica, airosa, elegante; San Martín mismo hacía el modelo figurante”.

Se aprobó casi sin variantes el uniforme y armamento propuestos por el jefe para el nuevo regimiento. Las armas de fuego eran la pistola y la carabina de cazoleta de veintidós adarmes de calibre; y las armas propias de la caballería, los famosos sables de treinta y seis pulgadas y las lanzas que se construyeron en el parque del Estado según indicaciones de San Martín.

Él, como gran esgrimista que era, enseñaba a los reclutas el manejo de aquellos sables de temple y filo famosos que, al decir de Sarmiento, “hacían sentir sabrosa la mano al dar la cuchillada”.

Una de sus principales preocupaciones fue la formación del cuadro de oficiales, seleccionado minuciosamente por el propio jefe; no en balde de este cuerpo salieron durante la epopeya de la emancipación americana diez y nueve generales y más de doscientos jefes y oficiales superiores ascendidos todos en acciones de guerra.

Para sus oficiales a los que llamaba cariñosamente “mis muchachos” estableció un severo Código de honor que era estrictamente respetado y cualquier falta era juzgada por un tribunal constituido por los oficiales y cadetes en reunión mensual. Los primeros domingos de cada mes se reunían cadetes y oficiales y se procedía a verificar si se había cumplido con el código que los presidía. Este “establecimiento de la reunión mensual de los oficiales y cadetes del Regimiento de Granaderos a Caballo —dice Accame—, sirvió de base para instituir en nuestro moderno ejército los Tribunales de Honor”.

Así se forjó este cuerpo ejemplar, cuño de hidalguía y sable de epopeya, con una disciplina estricta al modelo prusiano que San Martín había conocido en los cuerpos españoles donde era aplicada luego de la reforma militar de Carlos III, y que en el regimiento de Granaderos no estaba exenta, por genial agregado sanmartiniano, de un paternalismo comprensivo y protector. Pero más que todo fue el ejemplo vivo del primer sol-

dado de la patria el que hizo la fuerza y la grandeza de este cuerpo que recorrió las rutas en batalla de América desgajando para su gloria el inmarcesible ramaje del laurel.

## REMEDITOS

Las tareas del regimiento absorbían al jefe lo mejor de su tiempo; además por aquella época fundaron en Buenos Aires con Alvear y Zapiola una filial de la logia. Son muy escasos los datos que pueden dar luz acerca de esta fundación, pues el secreto se mantuvo en este caso también tenaz y hermético.

Numerosos e importantes adherentes tuvo desde su comienzo la logia de Buenos Aires. Los afiliados se reunían en los sótanos de la casa de Thompson, cerca del antiguo Fuerte de los Virreyes, y en ceremonia llena de misterio y expectación, en medio de un silencio tan profundo que hacía audible el latido de los corazones, se pronunciaba el juramente de incorporación <sup>(1)</sup>.

La logia vinculó a San Martín con las principales figuras de Buenos Aires gobernada a la sazón por la mano férrea y el sueño profético de Bernardino Rivadavia. Su íntima amistad con Alvear le abrió las puer-

---

(1) "Nunca reconocerás por gobierno legítimo de la patria sino aquel que sea elegido por libre y espontánea voluntad de los pueblos y siendo el sistema republicano el más aceptable al gobierno de las Américas, propenderás por todos los medios que estén a tu alcance a que los pueblos se decidan por él". Este era según Rojas —"El santo de la espada", pág. 74—, el juramento de la iniciación.

tas de los más distinguidos salones de la sociedad porteña y entre éstos, frecuentó con asiduidad el de Don Antonio José de Escalada, ex canciller de la Real Audiencia vastamente vinculado y de caudal cuantioso.

Tres hijas encantadoras tenía el matrimonio Escalada y, María de los Remedios, la menor de las hermanas, era la reina del salón. Menuda y graciosa solía peinarse en bandós su oscura cabellera que adornaba a menudo con fragante diadema de jazmines del tiempo. Hermosas las facciones, en su rostro de óvalo perfecto se destacaban los grandes ojos de brillante y dulcísimo mirar. Ceñida y breve la grácil figulina era toda ella de una delicada fragilidad y su poca salud la había hecho la mimada de los suyos que atendían solícitos a sus menores deseos.

Adolfo Carranza dice de ella: "María de los Remedios, por ser la menor y por su frágil salud había crecido entre los halagos y las caricias del hogar, donde fue siempre la más distinguida por su carácter y sus bellas condiciones".

Esta hermosa porteña, de exquisita femineidad, impresionó profundamente a San Martín desde su primera visita a la reunión de los Escalada y se ha escrito que al salir de ella, él que era tan parco en confidencias expresó a su amigo Necochea la impresión que llevaba en el alma diciéndole:

"No acierto, amigo, a encontrar palabras para expresar los encantos de esa niña Remedios, cuya existencia encuentro semejante a la de nuestra naciente patria

que para subsistir necesita de todos nuestros desvelos, cariños y más que todo protección".

Si profunda fue la impresión que los encantos de Remedios causaron en el alma de San Martín, no menor fue la que el apuesto jefe de los granaderos produjo a la niña. A los quince años, que era esa la edad de Remedios, es común y fácil soñar con las cosas heroicas y con las grandes hazañas; a los quince años las muchachas en flor se sienten destinadas a ofrecer su ternura a quienes sobrepasan el cartabón de los hombres comunes. Y en aquellos días en que la patria luchaba por existir, los sueños de las muchachas románticas encarnaban a paladinescos caballeros coronados de hazaña y de laurel.

Y allí estaba en el amplio salón con su azul uniforme de vivos carmesíes este hombre gallardo, orlado de misterio, que luego de realizar en España acciones de epopeya, había truncado su carrera en plenitud para dar su sangre por la joven Buenos Aires.

Amplia y alta la frente, firmes y brillantes los ojos de raro magnetismo, de estatura más que mediana que la marcial apostura parecía acrecer, anchas las espaldas, fuerte y saliente el pecho, bien proporcionado y esbelto, San Martín era un caballero a todo lucir.

Bailaron los dos el lento rigodón, detenidos los ojos en los ojos; sentían el fuerte latir de sus corazones. Las luces de los candelabros acariciaban con su estela de oro vacilante los blancos tisúes de la niña y se encendían con vívidos chispazos en los entorchados del coronel.

Bailaron los dos el lento rigodón y el minuet cortesano donde la gracia de Remedios hacía pensar en los

salones fastuosos de Vianas o Parises imperiales. Al despedirse al filo de la medianoche se les escapaba por los ojos su secreto. Luego de pasada la fiesta, apagadas todas las luces y acallados todos los rumores, ambos quedaron en hermoso coloquio con su desvelo... y cuando llegó la aurora, la algarabía de los pájaros jóvenes pareció que cantaba en multiplicado cristal la buena nueva del nacido amor.

Dichoso y corto fue el idilio. A los cinco meses de haber desembarcado en Buenos Aires el apuesto coronel de granaderos solicitó al gobierno permiso para contraer matrimonio y el 12 de noviembre cuando una prolongada primavera hacía florecer en las verjas los jazmines amados de Remedios, se celebró la nupcial ceremonia. Don Gervasio Antonio de Posadas firmó las actas notariales y el canónigo Chorroarín bendijo a los desposados. Al salir del templo marcharon bajo un palio de espadas. San Martín estaba más que nunca gallardo con aquel uniforme que le ceñía la estampa y la esposa niña radiante entre los blancos satenes de su traje de novia.

Por la noche se encendieron las bujías de multicolores reflejos en el gran salón tapizado de azul de los Escalada; sonaron otra vez los suaves clavecines, y la dichosa pareja inició el baile, como en la noche aquella, detenidos los ojos en los ojos.

## SAN LORENZO

Montevideo que estaba en guerra con la causa de Mayo, poseía una poderosa escuadra y las fuerzas realistas dominaban a su arbitrio el Paraná y el Uruguay. Desembarcaban en las costas de Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos apoderándose de ganado o realizando incursiones de saqueo y castigo contra las pequeñas poblaciones o estancias situadas sobre el río.

Para defender los principales pasos se establecieron baterías en Santa Fe, Rosario, La Bajada (Paraná) y Punta Gorda (Diamante). En una de ellas, en las barrancas de Rosario, Belgrano nos dió la enseña de la Patria cuando en la tarde del 27 de febrero de 1812 las manos de Cosme Maciel —trémulas de bendecido privilegio— hicieron subir hacia lo alto aquella bandera sacrosanta que era también una enastado panorama de cielo...

Pero las baterías no dieron, desgraciadamente, el resultado que de ellas se esperaba. Además Vigodet, jefe de Montevideo, planeó remontar el río y destruir totalmente las defensas de Rosario y Diamante, subir hasta Santa Fe, cortar las comunicaciones entre esta ciudad y Entre Ríos que eran vitales para abastecer y reforzar al ejército patriota que luchaba en la Banda Oriental.



El Triunvirato tuvo conocimiento del plan de Vigodet y, prueba de la importancia que le atribuyó, es la opinión de Juan José Paso que, alarmado, escribía a Sarratea, el representante del Triunvirato en el ejército sitiador, diciéndole:

“Si por falta de fuerzas competentes perdemos las baterías y nos ocupan Santa Fe y La Bajada, las consecuencias son las más tristes y funestas. Se imposibilita el pasaje de cuanto auxilio hay que remitir; se imposibilita el sitio de Montevideo, absolutamente, sin arbitrio posible, ni tampoco lo hallo para el regreso de aquella tropa a esta Banda”.

Para impedir la realización del peligroso plan de Vigodet y poner coto a los desembarcos y depredaciones, cada día más frecuentes y audaces, el gobierno encomendó a San Martín que saliese con un escuadrón del regimiento recientemente creado a frustrar los propósitos del enemigo.

El jefe de los Granaderos a Caballo partió de su cuartel del Retiro, en la tarde del 28 de enero de 1813, al frente de ciento veinte hombres. Marchaban durante la noche pues el camino corría muy cercano al río y la polvareda que levantaban las cabalgaduras podía delatar su presencia.

Mientras los granaderos avanzaban hacia su bautismo de epopeya, el Comandante Militar de Rosario, Don Celedonio de Escalada y Palacios, con un destacamento de milicianos, vigilaba las costas del sur de Santa Fe.

El día 30 de enero fondeó frente a San Lorenzo la escuadrilla española que desembarcó cien hombres perfectamente armados que rechazaron casi sin combate a las fuerzas que les opuso Escalada.

El 2 de febrero al anochecer llegó a la Posta de San Lorenzo el coronel San Martín con su escuadrón de granaderos. Allí se le incorporó Escalada y Palacios con sus milicianos del sur y le dió importante información acerca del poderío militar del enemigo. Allí también se encontró con su amigo Guillermo Parish Robertson, en viaje hacia el Paraguay, que sería testigo y relator del combate.

Desde la Posta de San Lorenzo, más conocida entonces por la Posta de Fermín Rodríguez, se dirigió San Martín con sus granaderos hacia el Convento de San Carlos de Borromeo, con los caballos puestos al paso y adoptadas todas las medidas para hacer sigilosa la marcha.

Llegado al convento destacó doce granaderos armados a carabina para defender la entrada y dividió el escuadrón en dos compañías, una de las cuales quedó bajo su mando directo confiando la otra al capitán oriental Don Justo Germán Bermúdez.

Luego subió a la torre del convento acompañado por Robertson y algunos oficiales y “con el auxilio de su anteojo de noche trató de observar los movimientos y el número de la fuerza enemiga que preparaba el desembarco”.

El 3 de febrero de 1812 fue para San Martín la jornada prologal de su gloria americana. A eso de las

cinco de la mañana comenzaron a desembarcar doscientos cincuenta soldados españoles al mando del comandante Zavala. Con algunas piezas de artillería y, al son de pífanos y tambores que batían marcha redoblada, se dirigieron al convento detrás de cuyos muros los granaderos a caballo esperaban la orden de ataque.

Montado en su "arrogante caballo de cola cortada al corvejón", San Martín arengó a la tropa y dirigiéndose al capitán Bermúdez le dijo: "En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí daré a usted mis órdenes".

Inmediatamente el clarín de los granaderos tocó a degüello y el coraje argentino se lanzó como un torrente de aceros sobre la fuerza española.

Una descarga de metralla los recibe: cae muerto el caballo del jefe argentino y ya se dirigía contra San Martín la bayoneta enemiga cuando la lanza de Baigorria y el sacrificio heroico de Cabral le salvan de la muerte inminente para que el predestinado de la gloria cumpla su destino de libertad.

Encarnizado y corto es el combate: torbellino de sables y de lanzas, brillar de bayonetas, bronco tronar de cañones y fusiles... El intrépido Hipólito Bouchard surge en medio de la roja fragua de la batalla alzando orgulloso la bandera arrancada al enemigo.

Una segunda carga dirigida por Bermúdez que es mortalmente herido, arrolla completamente a la fuerza española que duramente consigue reembarcarse luego de haber dejado sobre el campo cuarenta muertos, doce heridos, igual número de prisioneros, numeroso bagaje bé-

lico y los dos cañones que se exhiben en el histórico convento.

Los patriotas habían tenido por su parte quince muertos y veintisiete heridos <sup>(1)</sup>.

Bajo el pino embanderado con oro de sol, San Martín escribió el parte de la victoria; recomendó al gobierno a quienes se habían distinguido en la acción y muy especialmente a Cabral, cuya memoria honraría luego diariamente en el cuartel de los Granaderos a Caballo <sup>(2)</sup>.

Con aquella victoria que fue su primer combate americano iniciaba el Gran Capitán su epopeya de libertad: ahora, la barranca sanlorencina; después, el Ande enorme de la esforzada travesía; ahora, el patrio río de caudal leonado, después el ancho océano que lleva a la gesta de la emancipación peruana y al magnífico desprendimiento de Guayaquil.

(1) Capitán Justo G. Bermúdez, sargento Domingo Pourteau (francés), cabo Ramón Anadón; soldados: Juan Bautista Cabral, Feliciano Silva, José Manuel Díaz, José Márquez, Juan Mateo Gelves, Julián Alzugaray, Ramón Saavedra, Juanario Luna, Basilio Bustos, José Gregorio Franco, Blas Vargas, Domingo S. Gurel. Con respecto a Cabral es interesante destacar que la Sociedad Evocativa Argentina se ha dirigido a la Comisión Nacional Ejecutiva de Homenajes a San Martín, solicitando que "se confiera oficialmente el grado de sargento a D. Juan Bautista Cabral a quien la tradición argentina tiene reconocido como tal aunque no existe documento que lo atestigüe en ese grado jerárquico".

(2) Al pasar la lista de la tarde en la primera compañía del 1er. escuadrón, el brigada llamaba: "Juan Bautista Cabral"; y el sargento más antiguo contestaba: "Murió en el campo del honor, pero vive en nuestros corazones. ¡Viva la Patria!".

## SAN MARTÍN Y BELGRANO

La revolución buscaba infructuosa y cruentamente abrirse camino por el Norte y recuperar los territorios de las provincias del antiguo Virreinato. La primera expedición, luego de la alborada de Suipacha, había fracasado en la jornada desastrosa de Huaqui. Manuel Belgrano —el abanderado de la patria— había acudido en alas de fervor abnegado consiguiendo las dos victorias gemelas de Tucumán y Salta; después de esta batalla invadió el Alto Perú y los contrastes que sufrió en Vilcapugio y Ayohuma sellaron la pérdida de las antiguas provincias altoperuanas.

El gobierno se empeña en llevar la guerra por el Norte. Necesita sin duda no solamente un jefe capaz, sino al más capaz de los soldados para trocar la marcha de los sucesos. El nombre de San Martín está en todos los labios y, en la logia, alguno, celoso de su gloria, urge la decisión gubernamental convencido de que la empresa es superior al genio del guerrero. Por eso, cuando le despide en las afueras de la ciudad y el jinete se esfuma entre el polvo y la distancia, dirá la voz de la envidia con aviesa intención: “Ya cayó el hombre”.

Ignoraba el corazón envidioso que esa figura que se alejaba en busca de la ruta del norte, era el Predestinado.



MANUEL BELGRANO  
Litografía de Bacle

San Martín hace rápidamente las fatigosas jornadas del largo camino de la ruta de Potosí. A unos mil trescientos veinte kilómetros de Buenos Aires en la provincia de Salta, Don Francisco de Toledo y Pimentel había instalado en 1784 la Posta de Yatasto. Allí en 1812 el general Belgrano había recibido de manos de Juan Martín de Pueyrredón el mando del Ejército del Norte; parecía destinada a ser escenario de entrevistas signadas con sacrificio y con dolor.

El 17 de diciembre de 1814 llegó San Martín a la Posta de Yatasto que su encuentro con el general Belgrano convertiría en reliquia histórica. El abanderado de la patria le había escrito precediendo a la entrevista, algunas cartas que eran el fiel trasunto de su alma hecha toda de abnegación, como aquella en que le decía: "...hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes y nada arredra para servir aunque sea en clase de soldado, para la libertad y la independencia de la patria".

Cuando se encontraron en aquella entrevista de Yatasto un abrazo selló la amistad jamás quebrantada de los dos más grandes paladines de la causa de mayo y en el corazón del Gran Capitán alentó siempre la admiración más sincera por aquel hombre de sacrificio y de lealtad que había trocado sus libros por la espada y ganado victorias para la patria a fuerza de abnegado coraje.

Bien ha podido escribir Otero que en Yatasto se selló "la alianza épica y la alianza moral más ejemplar de nuestra revolución".

San Martín se siente en diástole fraterna con aquella alma estoica, aprecia la grandeza moral del jefe en desgracia y escribe reiteradamente al Director Posadas para que no separe al jefe del Ejército del Norte ni le abra el proceso que piensa instaurarle por sus derrotas en el Alto Perú. Nada consiguió empero, y el Director Supremo trasladó a Belgrano a Córdoba. San Martín, como jefe del Ejército del Norte, le reemplazó en aquella "fatídica frontera".

El genio organizador de San Martín se muestra plenamente al volver a dar su glorioso temple a los "tristes fragmentos del ejército derrotado", como llamó en su informe al Directorio a estas fuerzas que se le destinaban.

"...tropas desnudas con trajes de pordioseros", "enfermos tirados en el suelo que no pueden ser atendidos", "hospitales sin medicinas ni instrumentos", "sueldos impagos", "armamento escaso y roto": ese era el lamentable inventario de aquel ejército.

Todo hay que hacerlo, pero no en balde está El Organizador; y como es hombre de resolución genial, capaz de quemar sus naves como Cortés o de trazar como Pizarro la raya del destino a punta de espada, desobedece las instrucciones del Directorio y destina para ese ejército parte de los caudales de Potosí que debe remitir a Buenos Aires.

En plena y afanosa tarea de reorganización concentra sus efectivos en el campo atrincherado de la Ciudadela de Tucumán en las afueras de esta ciudad. Allí instruye a la caballería con el mismo tesonero afán

que puso al adiestrar sus granaderos en el cuartel del Retiro, y a la infantería de acuerdo a métodos modernos que la misma España no aplicaba todavía en sus fogueados ejércitos.

Al poco tiempo el ejército es ya otro en disciplina, en moral, en instrucción, en armamento. La oficialidad ha recibido adecuadas lecciones y el temple de las tropas es tan alto como su preparación militar. Es un ejército capaz de la victoria: las dotes de organizador, ya grandes en su padre, y geniales en San Martín, han logrado el milagro de convertir los tristes fragmentos de la derrota en este ejército lleno de ímpetu y ansioso de batalla.

Pero San Martín no cree que la ruta de la victoria sean las tierras del Alto Perú por donde la patria se empeña en hacer camino. Por el contrario, las considera senda de fracaso y así se lo confiesa a su amigo Nicolás Rodríguez Peña en aquella carta del 22 de marzo de 1814, donde está en germen toda la epopeya de la libertad americana.

...“la patria no hará camino por este lado del Norte”, ha escrito con convicción genial; es que en aquella “frontera fatídica” amenazada por la invasión, devastada por el continuado guerrear, mientras formaba con los jirones del fracaso un nuevo ejército de temple marcial, ha madurado también su plan continental y ha trazado sobre el Ande su ruta de epopeya.

Su “daimón” interior, la voz del destino le dice que habrá de realizarlo; y para ponerlo en preparación debe dejar aquellas tierras del norte que no son el sendero

predestinado. Pero tampoco puede dejarlas inermes ante el peligro y entonces en otro rasgo de su genio da a aquella frontera amenazada la guardia heroica que ella necesita.

El había visto en sus días de España cómo el patriotismo casi desarmado pero anheloso de libertad organizaba la emboscada y la guerrilla en que caían vencidos los coraceros de Friedland y los granaderos de Austerlitz; y había visto en esta tierra norteña de pétreo cimiento a grupos de paisanos casi sin armas rendir a los copados destacamentos realistas. Esa era la clase de lucha para aquella frontera que, por gracia de Dios, tenía también al gran jefe capaz de acaudillarla.

Y conversa con Güemes, el caballero del norte, sabe que es el atalaya de la frontera amenazada y que sus jinetes de epopeya son capaces de defender el antemural del Ande mientras él organiza el ejército para la jornada definitiva. Conversan los dos paladines en la tarde de mayo del otoño norteño: caen las primeras hojas en un fracaso de oro derrumbado... y el Gran Capital deja su consigna al Caballero de la Frontera: “Por la patria y por la libertad”. La “guerra gaucha” ya tiene su caudillo y su bandera y hará estremecer la montaña al conjuro de los jinetes de la gesta.

Ya reorganizado el Ejército del Norte; sellado con Güemes el pacto de la patria; claramente trazado en su mente genial el plan de la emancipación americana, San Martín solicita licencia por razones de enfermedad pensando en la paz de La Ramada y de Saldán, retiros

de soledad propicios a la meditación de aquel plan suyo para conjurar la montaña y el mar.

En mayo de 1814 se aleja, con Tomás Guido, en busca del descanso de la Hacienda de La Ramada. Allá en el Norte se agigantaba en la contraluz del crepúsculo la gran figura de Güemes, entre una selva de lanzas gauchas que decían con sus moharras heroicas que estaba cerrado el camino de la invasión.

#### CUARTA PARTE

### *EL PLAN CONTINENTAL*

## LA FORJA CUYANA

En sus días cordobeses en Saldán meditó honda y largamente y dió cuerpo a su plan militar para independizar a América. El lugar donde se alojaba era un brillante paisaje de égloga: Luis de Tejeda el primer poeta argentino, que naciera en aquella estanzuela, la había llamado "Mi Saldán ameno"...

La finca de Saldán está ubicada en las estribaciones de la serranía sobre el camino que va de Córdoba a Calera. Los Mejía de Mirabal levantaron en ella el edificio de piedra y ladrillo con amplísimas galerías y techo de dos aguas.

Cerca de la casa corre el arroyo Saldán y, más allá, un manantial de aguas purísimas deja ver tras su andariego cristal el lecho pedregoso con menudas arenas. Estos dos lugares: el manantial y el arroyo y también el nogal histórico de tronco recio y amplio ramaje ansioso de cielo fueron los sitios preferidos por San Martín que en ellos meditaba sus proyectos grandiosos.

Y para hacer realidad esos proyectos solicita y obtiene del Director Supremo su designación como gobernador intendente de Cuyo. Posadas, el Director, que era su amigo, le ofreció el gobierno de Córdoba, más importante y de clima más favorable para la salud del general; pero San Martín que esperaba forjar en Cuyo

su instrumento de libertad, mantuvo firmemente la preferencia cuyana.

En setiembre se hizo cargo del gobierno en Mendoza y cuenta Hudson que su arribo fue festejado con las más vivas muestras de adhesión hacia su persona. Desde entonces jamás Mendoza desmayó en la casi idolatría que tuvo por San Martín.

Las fuerzas militares no existían prácticamente en Mendoza como lo destaca el general Espejo en sus "Memorias"; las recaudaciones eran pobres, faltaba casi en su totalidad lo necesario para equipar un ejército; pero esto no desanima al gobernador, por el contrario, será acicate para movilizar a "la inmortal Cuyo" como la llama con admiración y cariño El Libertador.

El pueblo le secunda con entusiasmo y los gobernadores Luzuriaga, de la Rosa y Dupuy, —en Mendoza, San Juan y San Luis respectivamente—, colaboran con tesonero patriotismo.

En el campo de instrucción del Plumerillo comienzan a concentrarse las fuerzas de lo que será el glorioso Ejército de los Andes. En el Parque, bajo la dirección de Fray Luis Beltrán "arden las fraguas noche y día" fabricando armas y proyectiles para la bélica empresa.

Vehículos, aparejos, paños para uniformes, calzados, chifles de asta; todo lo necesario va saliendo de afanosas maestranzas bajo la mirada diligente del Gran Capitán que está en todo y en todas partes vigilando personalmente las faenas.

Contó con la colaboración más decidida y esforzada del director Pueyrredón cuyo nombre se hermana

con el de San Martín en esta tarea titánica de formar el Ejército de los Andes. En Córdoba, en julio de 1816, recién declarada la Independencia se entrevistaron San Martín y Pueyrredón en aquella conferencia que fue decisiva para la suerte de la patria. Allí el soldado genial expuso su plan al gobernante y éste le prometió todo su concurso, promesa que los hechos confirmarían en patriótico y honroso cumplimiento. Tan efectiva fue la ayuda que ha podido decirse que "Pueyrredón figura al lado de San Martín, el inmortal creador del mejor y más perfecto ejército que maniobró y combatió en América".

Preocupado porque se imparta la mejor instrucción a sus reclutas, él mismo les da a muchos de ellos lecciones de esgrima de sable; y, para que hagan provechosa práctica de tiro de combate, ha hecho levantar un gran espaldón bien blanqueado en el que están pintados con colores brillantes dos cuerpos de infantería en orden de batalla.

Esta actividad febril para forjar el gran instrumento que haría realidad su plan continental, le absorbía gran parte de su tiempo. No obstante, la metódica distribución de sus horas, le permitía atender con eficacia otros aspectos del gobierno. Sus cuadernos de anotaciones, —de "acuerdos" como él les llamara— comprueban la multiplicidad de hechos que reclamaban la atención del general: desde la multa a quien se ha robado un poncho, hasta la experimentación de la pólvora a utilizar; desde aquella anotación para recordar a Las Heras que debe prestar a O'Higgins el cuaderno de la nue-



va táctica, hasta aquella otra para no olvidarse de asistir a la reunión de los herradores y ver herrar la mejor caballada...

Cierto que en aquellos días de vida febril y preocupado trajín tuvo el consuelo y la ayuda de Remeditos. La esposa niña, delicada y frágil, llegó tras el largo tormento de los caminos inacabables para estar al lado de su Capitán. La joven se dió de inmediato en generosa amistad con muchas de las familias de la ciudad cuyana, y su gracia y simpatía contribuyeron muy pronto a ganarle el cariño de toda la población mendocina.

Fueron aquellos días de felicidad conyugal: esta vez las rutas afanosas que llevan a la gloria no han separado a los esposos que al atardecer —cumplidos por el gobernador-intendente esforzados trabajos— solían ir con algunos amigos a un merendero de las afueras donde tomaban café con churros, en invierno, y helados en verano. Era también frecuente que por las noches, en la casa del gobernador, se hiciese una corta tertulia donde las damas tejían y hacían música mientras los hombres conversaban de las grandes hazañas esperadas. Otras veces, ya sea en casa de Remeditos, o de Laureana Ferrari o de Merceditas Álvarez, se reunían las damas y cosían las ropas para los soldados que iban a soportar las bajas temperaturas cordilleranas.

En aquella etapa de su amor dichoso nació la única hija de San Martín, Tomasa Mercedes, la consoladora Merceditas de sus jornadas de ostracismo. Con alegría le comunicaba en carta de 31 de marzo de 1816 a su



JUAN MARTÍN DE PUEYRREDON  
El gran colaborador de San Martín

amigo el general Guido: "Sepa usted que desde anteayer soy padre de una infanta mendocina"... (1).

Entretanto la preparación del ejército de los Andes tocaba a su término: la labor del genio militar de San Martín y la ayuda sin tasa de Pueyrredón habían dado sus frutos y a fines de 1816 contaba el general con 5.337 hombres avituallados para quince días de travesía. Las fraguas de Fray Luis Beltrán habían provisto de abundantes municiones e implementos ingeniosamente ideados para alzar los cañones en los pasos difíciles. Más de 10.000 mulas de silla y carga, 600 reses para ser faenadas durante la travesía y 1.200 soberbios caballos de pelea estaban listos para el cruce desde mediados de noviembre.

En una de las cartas de esta última etapa, fechada el 2 de noviembre, Pueyrredón le anuncia la remesa de los últimos envíos: "A más de las cuatrocientas frazadas van 500 ponchos; se remitirán las mil arrobas de charqui; van los vestuarios pedidos y muchas más camisas; van cuatrocientos recados, y en un cajoncito van hoy por el correo los dos únicos clarines que se han encontrado. Van los doscientos sables de repuesto que me pidió. Van doscientas tiendas de campaña o pabellones y no hay más. Va el mundo. Va el Demonio. Va la Carne... y yo no sé como me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo". Y satisfecho de su esfuerzo

(1) Según esta carta Merceditas habría nacido el 29 de marzo, pero en su partida de nacimiento fechada el 31 de ese mes se comprueba que a esa fecha la niña contaba siete días de edad. Nota de Galván Moreno: "San Martín el Libertador", pág. 127.

escribió a principios de 1817, en vísperas de iniciarse la empresa magna:

"Bien puede decir que no se ha visto en nuestro Estado un ejército más vestido de todo; pero tampoco se ha visto un Director que tenga igual confianza en un general; debiéndose agregar que tampoco ha habido un general que la merezca más que usted".

Álvarez Condarco había recorrido los caminos de la cordillera y, merced a la astucia de San Martín, había confeccionado los planos para la marcha. Esa misma astucia del Conductor había inducido a los indígenas a engañar de buena fe a los españoles dándoles equivocadas noticias acerca de la ruta que seguiría la expedición libertadora. Aquellas maniobras de engaño y espionaje que han sido llamadas con acierto "la guerra de zapa", tuvieron muchas manifestaciones de índole diversa de las cuales el general Espejo cita ejemplos dignos de admiración.

El pueblo todo de la "inmortal Cuyo" había respondido con nunca sobrepasados esfuerzos y generosidad al llamado del general en nombre de la Patria; los hombres útiles estaban en los escuadrones de la libertad, los enfermos o valetudinarios habían dado sus haberes; las madres ofrecido, como en la vieja Esparta, el brazo joven de sus hijos; y un día las bellas mendocinas, rodeando a Remedios que dió el ejemplo, se desprendieron de sus joyas para reforzar las arcas magras del ejército.

Ya estaba todo preparado y la ansiedad de escalar la montaña y llevar la guerra a Chile subyugado bullía en todas las almas, pero faltaba la enseña que con su

mensaje azul y blanco acaudillase la epopeya: las entusiastas damas de Mendoza se ponen a la noble tarea de dar al ejército su bandera confeccionando aquella enseña que orientó la epopeya y que se llama la Bandera de los Andes.

Para implorar el divino apoyo en la campaña que iba a emprender resolvió poner bajo celeste patronazgo a las legiones de la libertad y, en junta de oficiales que San Martín presidiera, fue elegida Nuestra Señora del Carmen, patrona de Mendoza, como patrona del Ejército de los Andes.

El día 5 de enero de 1817 el ejército vestido de gran parada, con su Estado Mayor a la cabeza, salió del campamento del Plumerillo y se dirigió a la ciudad formando en la Plaza ante el altar que se había levantado ex profeso. Un enorme concurso de pueblo desbordaba el lugar. Fue proclamada la Virgen del Carmen patrona del ejército y casi de inmediato, San Martín alzó la bandera que habían bordado las damas mendocinas y con la emoción enraizada en la voz, dirigiéndose a las tropas, dijo:

“Soldados: Esta es la primera bandera independiente que se ha levantado en América”... y la desplegó haciéndola flamear tres veces en el viento dorado de la mañana.

Unánime y vibrante nació en todas las gargantas el ¡Viva la Patria! y entonces San Martín se dirigió de nuevo a sus huestes heroicas:

—“Soldados: jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro”.

Y de todos aquellos pechos brotó, como una llama ardiente, la promesa heroica:

—“Lo juramos”.

Después fueron los júbilos y las fiestas y cuando en la sobretarde, en el cielo de añil se amontonaron por el lado del sur grandes nubes blancas, pareció que todo el Ande se embanderaba con aquella epifanía azul y blanca.

## EL PASO DE LOS ANDES

Aquel ejército que salía en misión de libertad había demandado a San Martín más de dos años de trabajos sin cuento, albas preocupadas y noches de desvelo y el más infatigable trajinar para sacar de tan magros recursos tan fuerte contingente.

Pueyrredón había cumplido lo prometido en la entrevista de Córdoba y dado ayuda en todo momento hasta más allá de lo posible; Cuyo todo, y en especial Mendoza, habían respondido al llamado del paladín despojándose de vidas y de haberes en la espartana magnitud del sacrificio.

Y ya el ejército que organizó el genio con el esfuerzo de la tesonera voluntad de la patria estaba frente al Ande, ansioso de realizar la hazaña. El 18 de enero San Martín dió la orden militar más trascendental que se haya impartido en la historia de América y, por los pasos de Uspallata y de Los Patos se dirigió aquella legión privilegiada a cumplir su destino de libertad <sup>(1)</sup>.

(1) Las tropas que realizaban el pasaje por Uspallata estaban al mando de Juan Gregorio de las Heras que conducía también la artillería y el parque. El grueso del ejército atravesó por los Patos dirigido por Soler y O'Higgins bajo el mando de San Martín. Otras pequeñas divisiones (Cabot, Dávila, Zelada y Freire) atravesaron el Ande por otros pasos.

La travesía demandó de los soldados y de su conductor toda la energía y todo el esfuerzo: los sufrimientos que narra el general Espejo en su obra clásica sobre el pasaje de los Andes, el frío, las dificultades del terreno, la piedra y la montaña hostiles, todo fue vencido por aquella voluntad sobrehumana.

Con precisión matemática se realizó la travesía: la división al mando de Las Heras luego de sostener los primeros choques con los realistas en Picheuta, Potrerillos y Guardia Vieja entró victoriosamente, el 8 de febrero de 1818, en Santa Rosa de los Andes incautándose de importante botín. Soler y Necochea que habían sostenido con éxito los combates de Achupallas y Las Coimas desembocaban en el valle de San Felipe de Aconcagua para reunirse con las tropas de Las Heras. En este valle estableció el Capitán de los Andes su cuartel general. Su cálculo de estar para el 16 de febrero en el valle chileno de Aconcagua estaba cumplido.

Marcó del Pont, gobernador de Chile, apenas tuvo noticia de la presencia en Aconcagua de poderosas fuerzas del aguerrido ejército patriota, reunió numerosas tropas que se concentraron en la Hacienda de Chacabuco al mando del general Rafael Maroto, jefe del Regimiento de Talavera, cuerpo famoso en España por su valor y su crueldad.

“Ambos ejércitos se mantuvieron a la vista el 10 y el 11 —escribe San Martín— sin otra novedad que algunos tiroteos insignificantes de avanzadas”. San Martín no creía oportuno atacar al enemigo hasta recibir su artillería y remontar la caballería, pero a “la una de la

mañana del día 12 recibió informaciones de que todas las fuerzas enemigas estarían reunidas el 13 a la noche". Decidió atacar al enemigo antes de que realizasen la concentración de sus fuerzas y en el corto espacio que media desde la una hasta las cuatro se tomaron las disposiciones necesarias.

Con el primer brillo del sol se entablan varios combates parciales, de pronto se oye retumbar en el llano el fragor del combate y la batalla se inicia tenaz y heroica. O'Higgins, con impetuoso denuedo acomete, olvidando la maniobra indicada y pone en inminente peligro la suerte de la batalla para las armas patriotas. Pero San Martín, sereno como en un campo de maniobras, conjura de inmediato la situación y entonces como en sus tiempos de Arjonilla y San Lorenzo, "galopando dos cuerpos de caballo delante de su tropa", se lanza con dos escuadrones de granaderos y pone en derrota el ala derecha del enemigo. De acuerdo con sus órdenes oportunamente impartidas, Necochea acomete a la retaguardia española y en tanto, como un turbión de acero y metralla, desembocan en el valle las tropas al mando de Soler.

Zapiola y Escalada arrollan a la caballería realista con sus cargas irresistibles. Los granaderos, a filo de sable, se apoderan de la artillería enemiga y los infantes, a punta de bayoneta, conquistan una tras otra las posiciones españolas. Con desesperado valor los realistas forman el cuadro en el llano para intentar la última resistencia: parecen la guardia veterana en la tarde de Waterloo... Pero es todo vano y cuando intentan replegarse



# CUESTA DE CHACABUCO.

*Oficio del Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo al Exmo. Sr. Director.*

Dios guarde a V. E. muchos años. Mendoza 16 de Febrero de 1817. — Exmo. Sr. — Toribio Luzuriaga. — Exmo. Sr. Supremo Director del Estado.

**EX**MO. SR. Hoy á las 12 llegó el Capitán de granaderos á caballo D. Manuel Escalada con la grata noticia de que el jueves 13 fue derrotado completamente el enemigo en número de 2000 hombres en la Cuesta de Chacabuco, quedando 800 prisioneros, 20 oficiales y 400 muertos. El triunfo de tan gloriosa acción se ha debido al valor impertérito de nuestro Ilustre General el Exmo. Sr. D. JOSÉ DE SAN MARTÍN que á la cabeza de dos escuadrones derrotó y desbarató al fiero tirano de Chile.

Por algunas comunicaciones del mismo ejército se asegura haberse tonado al enemigo 2 cañones, 1200 fusiles, muchos cartuchos, vestuarios, la botica, caballada, y otros innumerables artículos. Doy á V. E. este aviso anticipado por posta para el caso de que por algunos accidentes de enfermedad, ó otros imprevistos, llegue á retardarse el arribo del capitán, antes que este parte.

*Artículo de carta confidencial al Exmo. Sr. Director desde Mendoza.*

MENDOZA FEBRERO 16 de 1817. — A las 12 de este día vemos entrar el pregon cierto de nuestra victoria sobre Chile con una bandera realista, que ya se ha presentado en espectáculo bajo la de la Patria en los Portales de Cabildo. — El correo dice que Mercó se ha escapado. Que salian innumerables coches á encontrar á S. Martín, que habia quedado muy enfermo de resultas de la acción que decidió en persona con sus escuadrones, sin que se le pudiese contener.

*Está conteste otra carta de la misma fecha.*

**Enemigos del nombre americano!  
Cesad de derramar sangre inutilmente. Respetad a los heroes de la Cuesta de Chacabuco.**

IMPRESA DE NIÑOS EXPOSITOS

encuentran cortado, por las tropas que manda Soler, el camino de Santiago. Entonces se desorganizó su retirada y sólo la falta de elementos para la persecución no hizo más tremenda aquella derrota en que dejaron quinientos cadáveres sobre el campo de Chacabuco.

San Martín descansó aquella noche en la Hacienda de Chacabuco y con la primera luz del alba su cuñado, el coronel de granaderos Manuel Escalada, montó a caballo para llevar a Buenos Aires el parte de la primera batalla en tierra chilena.

Después de este triunfo estaba libre el camino de Santiago. Las tropas libertadoras entraron en la capital chilena el 14 de febrero en medio del entusiasmo indescriptible de la población alborozada.

San Martín, eludiendo todo homenaje, entró por una calle apartada y ya en la casa del Conde de la Conquista, que era su alojamiento, dictó las primeras medidas de gobierno.

Al día siguiente el cabildo abierto reunido en Santiago le confirió el cargo de Director Supremo que él renunció de inmediato. En nueva asamblea y por indicación de San Martín fue elegido Bernardo O'Higgins para regir los destinos de Chile.

En vibrante proclama el bayardo chileno expresó la gratitud de su pueblo para los hijos de las provincias del Río de la Plata "que —dijo— acaban de recuperarnos la independencia usurpada por los tiranos". Y luego floreció su palabra en firmes tallos de emoción cuando habló de la hazaña y desinterés del héroe.

La primera etapa del plan continental estaba signada por el laurel de la victoria y por la gloriosa concisión de su parte espartano <sup>(1)</sup>, pero en medio de la algazara y la alegría de aquel pueblo volcado en las calles para vivir a la patria y a la libertad, el Capitán de los Andes medita en aquella otra etapa que, a través del mar y del combate, lleva a la Lima virreinal, símbolo y fuerza del poderío de España en América.

(1) Al Ejército de los Andes queda la gloria de decir: "En veinticuatro días hemos hecho la campaña: pasamos la cordillera más elevada del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile".

## EL REDUCTO PERUANO

Es que San Martín tiene “su secreto”, aquel secreto que había comunicado a su amigo Nicolás Rodríguez Peña y acerca del cual en la famosa carta del 22 de marzo de 1814, le decía: ...“La patria no hará camino por este lado del Norte, que no sea una guerra defensiva y nada más: para esto bastan los valientes gauchos de Güemes con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa es empeñarse en echar en el pozo de Ayrón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. “Ya le he dicho a Ud. mi secreto”. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima; ése es el camino y no éste. Convéznase: hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará”.

Aquel secreto que había confiado a Pueyrredón en la famosa entrevista de Córdoba y por el cual convirtió al Director en su colaborador más decidido y entusiasta; aquel secreto consistía en atacar a España en el centro de su poderío americano, en la Lima cortesana fornicada en valor.

Por el Perú había comenzado el sojuzgamiento de América del Sur, esa conquista de la que fue guía y símbolo Francisco Pizarro, y por el Perú debía terminar definitivamente. Por eso, cuando ya su destino de liberador esté cumplido, se alejará de la emancipada tierra llevando tan sólo como el más perfecto símbolo de su misión el estandarte de Pizarro.

Para realizar aquel plan que era su secreto y en cumplimiento de cuya primera etapa había cruzado el Ande y vencido en Chacabuco, era preciso organizarlo todo —como lo hizo con el ejército de los Andes en la forja mendocina— y era necesario nuevamente el decidido apoyo de Pueyrredón —el de la probada solidaridad— y de O’Higgins, ahora al frente del gobierno de Chile.

Antes de entrevistarse con Pueyrredón quiso dejar en orden los asuntos chilenos: dictó a tal fin oportunas medidas para que Las Heras se dirigiese al sur a efecto de aniquilar la resistencia que pudieran oponer allí los españoles que contaban con numerosos partidarios entre la población civil. Comprometió el esfuerzo de O’Higgins para equipar una mayor cantidad de soldados y entonces se decidió a viajar a Buenos Aires para comprometer la colaboración del Director Supremo.

Con esa reserva tan tuya no dejó adivinar a nadie las intenciones que le animaban y el 10 de marzo de 1817, mientras hacía en la cocina su frugal comida dijo a Juan O’ Brien, su ayudante:

—“Mañana al amanecer marchamos para Buenos Aires, por Mendoza”. Y en verdad al día siguiente to-

maban el camino de Mendoza el jefe del Ejército de los Andes, su ayudante O' Brien y el baqueano Stay.

Apenas se tuvo conocimiento de su partida el cabildo de Santiago votó la suma de 10.000 pesos para los gastos del viaje. San Martín agradeció desde Mendoza el rasgo del cabildo y manifestó a esta corporación que aplicaba ese dinero a "fundar un establecimiento que hiciese honor a Chile: la creación de una biblioteca pública", porque, agregaba: "yo deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia de los hombres libres".

Procuró evitar a su llegada a Mendoza toda recepción, como lo hizo siempre en Santiago, en Buenos Aires, en Lima... pero el pueblo mendocino —su amado pueblo de Mendoza— esperó con firmeza y anhelo, sin moverse del punto por donde necesariamente debía pasar y, cuenta Hudson, sorprendió al afortunado triunfador que alzado en brazos fue conducido entre vítores y flores por el largo trayecto hasta el alojamiento que se le había preparado.

Pernoctó en Mendoza y al otro día, muy de mañana, continuó su viaje a Buenos Aires. Penetró en esta ciudad de incógnito, y anticipando las etapas de su viaje para no ser objeto de demostraciones. En medio del más absoluto secreto conferenció varias veces con Pueyrredón en la casa de Manuel H. Aguirre.

Puesto una vez más de acuerdo con su probado amigo y colaborador, resolvió acelerar el regreso, temeroso de que las nevadas clausuraran la cordillera y en la segunda quincena de abril partió de Buenos Aires tim-

brando con su largo galope las distancias enormes y desiertas.

El 11 de mayo, ya a las puertas de la capital chilena, vió largas columnas de jinetes que con desplegadas banderas argentinas le esperaban en el camino de Santiago y esta vez le fue imposible evitar los grandes agasajos que el cabildo y el pueblo le tributaron.

En contraste con aquella alegría le preocupaban las noticias que llegaban del sur donde los españoles se habían rehecho fuertemente, tanto que eran amenaza y demora para sus planes contra el reducto peruano.



## LA GUERRA EN EL SUR

El valiente Las Heras en cumplimiento de órdenes de San Martín dirige en el sur de Chile las operaciones contra los realistas. Éstos tienen allí su baluarte y cuentan con gran parte de las simpatías de la población. Además llegó a ponerse al frente de las tropas españolas un gran militar, el general José Ordóñez, el antiguo compañero de San Martín en la guerra de la Península y que se destacaba por dos condiciones que lucían en él con excepcional brillo: el coraje y la audacia emprendedora. Apenas hecho cargo del mando concentró sus efectivos y se fortificó en Talcahuano.

Las Heras, que había obtenido algunas victorias parciales en Curapaligüe y Gavilán <sup>(1)</sup>, puso sitio a Talcahuano y como el asedio se prolongase, el impetuoso O'Higgins molesto por la resistencia de la plaza, delegó el gobierno en Hilarión de la Quintana y se dirigió al sur para hacerse cargo de la conducción de la guerra.

El 6 de diciembre lanzó las tropas al asalto de la plaza pero fue rechazado con grandes pérdidas. Se preparaba O'Higgins para lanzar otro asalto cuando recibió

(1) Estas victorias las obtuvo el 4 de abril y el 5 de mayo de 1817 respectivamente y la primera de ellas le abrió las puertas de la ciudad de Concepción.

orden urgente de San Martín de abandonar el asedio y dirigirse al Norte.

Mientras ocurrían estos bélicos sucesos en el sur de Chile, San Martín había estado enfermo. Su médico el Dr. Zapata, daba sombríos pronósticos a Guido, "previendo muy pronto el término de la vida apreciable de nuestro general" <sup>(1)</sup>. Él mismo debió sentirse muy grave pues redactó el 7 de julio de 1817 aquella renuncia reveladora: "El beneficio de mi patria será el último deseo que me acompañe al sepulcro: por esta razón debo prevenir que el estado de mi salud me tiene expuesto a próxima muerte y que en este caso podrían resultar males incalculables a la causa si no se previene con anticipación a quien deba substituirme".

Siguiendo el consejo de Pueyrredón se retiró por una breve temporada a descansar en el campo. Esta tregua en su vida de preocupada actividad, le repuso en momentos en que era más que nunca necesaria su espada para consolidar la libertad chilena.

En efecto: nubes de mala tormenta se cernían sobre la revolución. El brigadier Osorio con 3.500 soldados, desembarcó a fines de 1817 en Talcahuano. Yerno del Virrey del Perú Joaquín de la Pezuela, había reem-

(1) Otero, en el tomo II, pág. 221, transcribe la carta del Dr. Zapata al general Guido, de la que extractamos: "Preveo muy pronto el término de la vida apreciable de nuestro general si no se le distrae de las atenciones que diariamente le agitan. El cerebro, viciado con las continuas imaginaciones y trabajo, comunica su irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tela cerebral, de donde resulta la hemata o sangre por la boca, que si antes fue traumática o por causa externa hoy es por lo que he dicho".

plazado a éste en la ejecución de un bien madurado plan militar que el virrey proyectara. Este plan que tenía por objetivos el aniquilamiento de los patriotas en Talcahuano; la marcha por mar desde esta plaza hasta Valparaíso y de aquí por tierra a Santiago, cifraba su éxito en la sorpresa y el empleo de la máxima fuerza disponible en cada ataque principal.

Pero San Martín había tenido conocimiento del plan de Pezuela por informes que le hizo llegar José Bernáldez Polledo, militar argentino prisionero en la fortaleza de Callao. Por eso había dado a O'Higgins la orden de retirarse para concentrar todos los elementos en Santiago.

Para enardecer los corazones en el fervor patriótico San Martín dispuso en aquellos momentos de excepcional gravedad que se procediera a jurar la independencia de Chile: quería repetir más allá del Ande el mismo pronunciamiento glorioso que había requerido insistentemente del Congreso de Tucumán en 1816. Y, en el primer aniversario de Chacabuco, sobre el gran tablado erigido en la plaza mayor se desplegó la bandera presidida por la estrella mientras todo el pueblo comprometía su esfuerzo y su vida en la unción sacrosanta del juramento.

O'Higgins que, cumpliendo la orden de San Martín, venía con sus tropas apurando jornadas, hizo que sus soldados juraran la independencia de Chile aquel mismo 12 de febrero de 1818 a la vera del río Maule. Luego, retempladas las almas, se encaminó a rienda holgada por la ruta del Norte.



BERNARDO O'HIGGINS

Compañero de San Martín en la lucha por la libertad  
y Director Supremo de Chile

¡Bien necesaria iba a ser la fortaleza de los corazones! porque la dura jornada de la prueba estaba madura y cercana en el tiempo.

San Martín tiene acampado su ejército en Las Tablas. Sabe que Osorio marcha sobre Santiago y que vienen con él los generales Ordóñez y Primo de Rivera.

Las tropas de este jefe destacadas en avanzada llegaron el 19 de marzo a las orillas del Teno. San Martín envía de inmediato contra ellas mil setecientos jinetes a las órdenes de Balcarce pero la caballería patriota se ve imposibilitada de atacar porque toda aquella llanura está llena de zanjones a los que debe su nombre de "Cancha Rayada".

Oscurece y los ejércitos están frente a frente en aquel llano zanjado sobre las márgenes del Lirca. Cae la noche y comienzan a encenderse los vivaques. Todo hace suponer que con la aurora llegará la batalla. Pero los jefes realistas han resuelto una acción realmente temeraria y no trepidan en ejecutarla: al filo de la medianoche caen favorecidos por la oscuridad en medio de las tropas argentino-chilenas que se acometen entre sí en la confusión de la sorpresa.

La noticia del contraste de Cancha Rayada llegó muy pronto a Santiago y en la ciudad cundieron el pánico y la desesperación. Los vecinos acaudalados comenzaron a cargar en las mulas la plata labrada para ponerla a salvo en la tierra cuyana; corría el rumor cada vez más generalizado de que San Martín y O'Higgins habían sido muertos y la ciudad de Santiago como la

Tebas de la tragedia esquilina era "recinto de silencio y amargura".

Pero pronto comenzaron a llegar noticias alentadoras que levantaron la esperanza: la serenidad de Las Heras ha logrado salvar casi íntegramente su poderosa división; San Martín y O'Higgins viven, si bien éste tiene una peligrosa herida en el brazo; las tropas se están reconcentrando en la Hacienda de San Fernando y las anima el deseo de vengar la derrota.

Y ya viene el Libertador camino de Santiago y su sola presencia hace el milagro de confiar en el desquite y en el triunfo. Júbilo de campanas lo recibe y el pueblo todo, echado a las calles, lo ve pasar: sudoroso de leguas el caballo, manchado el uniforme granadero, sucias de polvo las botas y ensangrentada la estrella de la espuela. Saluda, en alto su falucho, respondiendo a las aclamaciones de la multitud. Sube a la casa de gobierno y desde la amplia balconada asegura a aquella muchedumbre, con la certeza de quien sabe que tiene que cumplirse el destino:

—"La Patria existe y triunfará y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de honor a la América del Sur".

Desciende de nuevo mientras en la plaza se hace clamoreo la esperanza. Una voz que es auténtico anhelo del pueblo surge entre el clamoreo:

—"Un abrazo, mi general", dice un "roto" de deshilachada camisa, tembloroso de entusiasmo y coraje.

Y San Martín, aparta el brazo contenedor de O'Brien, entre el delirio de la muchedumbre, aprieta

sobre su pecho a aquel corazón que siente contra el suyo como sellando la hermandad del pueblo con su conductor.

### “EL SOL POR TESTIGO”

En aquellos días de zozobra estaba cercana la jornada definitiva que sellaría la libertad de Chile: la inmortal batalla de Maipú.

El genio de San Martín lo ha previsto y organizado todo, ha preparado al detalle el plan de acción que ha de dar al pueblo chileno aquella victoria que él le prometiera desde la balconada de la casa de gobierno.

En Santiago en medio de la expectación general se reúne una junta de guerra; en ella se dividen las opiniones: alguno quiere replegarse hasta el Aconcagua para rehacerse y comenzar la guerra; otro sostiene que lo más conveniente es reforzarse en Santiago y esperar allí al enemigo. Pero San Martín no olvida que ha dicho al pueblo chileno:

—“La ciudad de Santiago será fortificada para hacer la última resistencia, pero el ejército a mi mando dará otra batalla antes de volver a sus líneas”.

Y, pensando en dar la batalla prometida llama al capitán Fray Luis Beltrán para conocer los elementos de que se dispone. Cuando se presenta éste, le pregunta:

—Capitán, ¿cómo estamos de municiones?

Y el fraile soldado adivina la intención de San Martín y más grande que nunca en su mentira heroica, contesta:

—“Hasta los techos, mi general”...

Bien sabía San Martín que no había casi nada, pero obtenida la respuesta que deseaba, resuelve con rápida energía:

—“El ejército se pondrá mañana en campaña cubriendo la capital para esperar al enemigo y librar una batalla”.

Y comienzan de inmediato los preparativos febriles para poner en condiciones aquella tropa con cuya suerte se juega el destino no sólo de Santiago sino de Chile y de América, como bien lo sabe el genio de San Martín.

O'Higgins, el herido glorioso de Cancha Rayada, queda en Santiago al frente de las milicias que defenderán a la ciudad en caso de ataque. Manuel Rodríguez, el patriota chileno que retempló los ánimos creando en la capital un clima como el del París de la revolución en las vísperas de Valmy, sale a la cabeza del Escuadrón de Húsares de la Muerte que ha organizado, para pedir el primer puesto en la vanguardia.

Entre tanto Osorio avanza sobre la capital: 6.000 hombres de las tres armas componen su fuerza. San Martín distribuye las suyas en dos divisiones que pone bajo los mandos respectivos de Las Heras (derecha) y Alvarado (izquierda) y confía la reserva al intrépido de la Quintana. Los patriotas se posicionan estratégicamente, dispuestos a no dejar pasar al adversario.

El día cuatro ambos ejércitos se avistaron en la llanura de Maipú. Las fogatas señalan en la noche la ubicación de los vivacs despiertos y los centinelas escrutan las tinieblas para advertir la presencia de la sorpresa.

San Martín, después de haber dispuesto las medidas oportunas para la batalla, pernocta en el Molino de la Loma Blanca, desde donde podrá contemplar la vastedad del llano y las disposiciones adoptadas por el enemigo.

Una raya de ópalo dividía en el Este la noche cuando el general fue despertado porque “los realistas parecían haberse puesto en movimiento”. De inmediato monta a caballo y seguido por el ingeniero D'Albe —militar francés que llevaba los planos del terreno— y por Juan O'Brien su ayudante, se dirige a una pequeña loma. Con su catalejo recorre la llanura y al observar que Osorio desciende de los cerrillos y avanza en masa sobre el camino de Valparaíso, exclama: “¡Qué brutos son estos godos! Es más torpe Osorio de lo que yo pensaba”.

Y con la certeza de quien se sabe una misión encarnada, al ver que el sol se levantaba sobre el horizonte, exclamó:

—“El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!” Clavó la espuela en el ijar y al galope tendido de su caballo se dirigió a dar las órdenes para el combate.

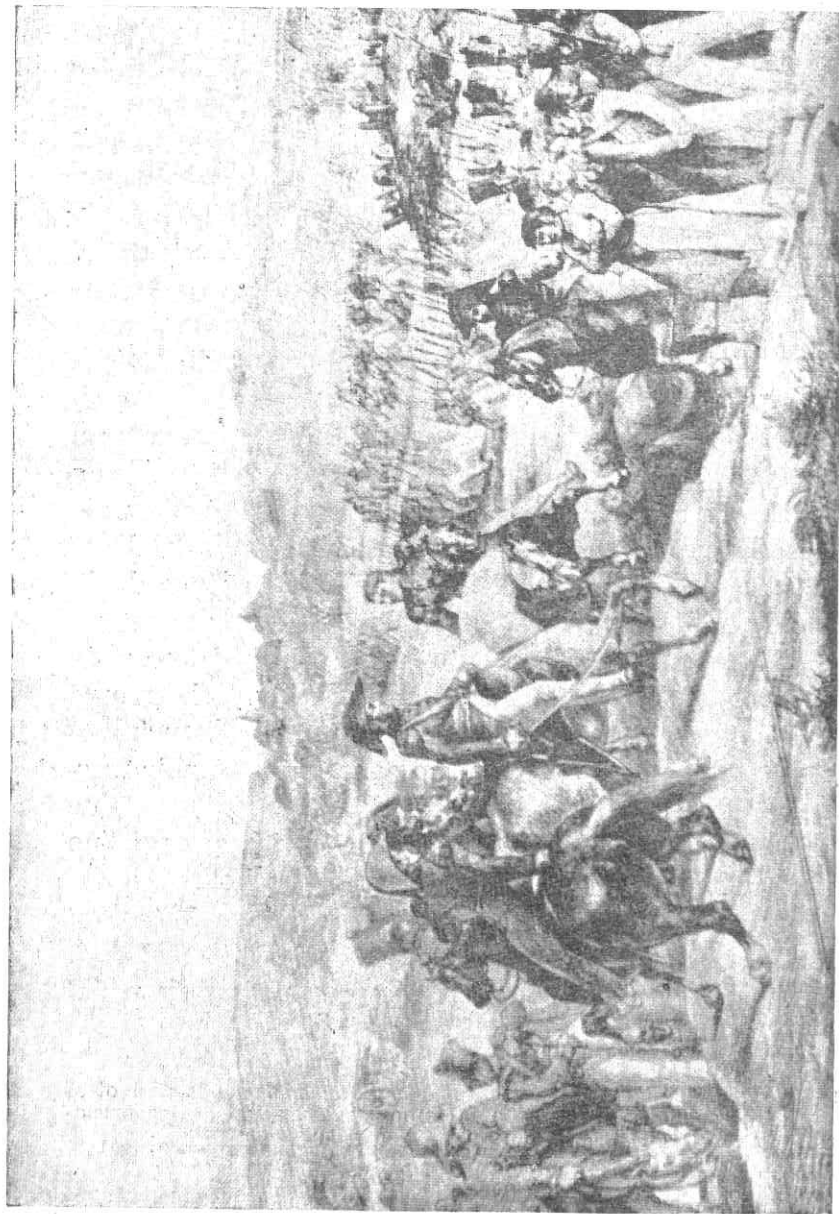
La batalla comenzó alrededor del mediodía. San Martín ordena a su artillería abrir el fuego, pero Osorio contesta con la misma arma sin mover sus tropas. Convencido el jefe argentino de que el plan de los realistas es meramente defensivo, ordena atacar mientras con mirada de águila busca el lugar menos fuerte de las líneas españolas y su penetración genial descubre la vulnerabilidad del flanco derecho. Da entonces la orden

oportuna del ataque y, la acción, iniciada como un ataque de frente, se convierte en un ataque oblicuo. Una briosa carga de la reserva al mando de Quintana, reforzando el ímpetu de la clásica maniobra tebana, fue decisiva en la batalla y a las tres de la tarde se retiraba el comandante en jefe español general Osorio. Aquella carga arrolló al "Burgos", el famoso regimiento que había entrado en batalla al grito de: "¡Aquí está el Burgos! ¡Diez y ocho batallas ganadas! ¡Ninguna perdida!"

Pero si Osorio se retiraba, el bravo Ordóñez que sería en el bando realista la figura admirable, no quiere darse por vencido y al frente de la columna que no pide ni da cuartel gana los callejones del caserío de Espejo. Allí —dice Pueyrredón— la resistencia fue tenaz, fue otra batalla <sup>(1)</sup>. Más de quinientos españoles fueron muertos en los edificios y viñedos de Espejo. Desalojados del caserío quisieron resistir al pie del cerro, donde habían clavado su bandera. Por la noche capitularon y el bravo y sereno Las Heras rindió la espada de Ordóñez y otros oficiales.

Momentos más tarde Ordóñez se encontraba frente

(1) Escribe el Coronel Manuel A. Pueyrredón: "Allí estaba la célebre columna de Burgos, allí estaba el intrépido general Ordóñez. La resistencia fue tenaz: fue otra batalla. Ellos esperaban la noche para retirarse y era preciso consumar la obra. Todos los cuerpos se acercaban al lugar del nuevo combate. Las Heras los batía de flanco cuando el impertérrito comandante Thompson entra al callejón de Espejo con paso de vencedores y arroja la columna sobre el cerro, donde clavaron su bandera y sólo se entregaron a la noche por capitulación". En **Memorias inéditas del Coronel Manuel A. Pueyrredón** publicadas con prólogo y notas de **Alfredo G. Villegas**. Ed. Kraft, Buenos Aires, 1947, p. 294.



BATALLA DE MAIPÚ. Litografía de Teodoro Géricault, 1819  
Museo Histórico Nacional

a San Martín. Ambos se habían conocido en la Península durante la heroica lucha contra Napoleón; ambos se estimaban y se admiraban y un abrazo con el calor de la lejana adolescencia les unió por encima de su calidad de adversarios <sup>(1)</sup>.

Cuando la brava columna de Ordóñez se parapetaba en la chacra de Espejo a eso de las cinco de la tarde, el impetuoso O'Higgins que no había podido permanecer inactivo en Santiago llegaba al campo de Maipú, donde, como dice su biógrafo, "sólo tuvo que usar su único brazo hábil para echarlo al cuello del gran general argentino. El triunfo estaba sellado".

Maipú fue la batalla decisiva para los destinos de Chile. Las mismas autoridades del virreinato del Perú así lo comprendieron viendo en ella el peligro de la pérdida de las posesiones de España en América.

Mitre, con su doble autoridad de historiador y de estratega, la llama "la batalla más reñida de la guerra de la independencia" y dice de ella que fue "la primera gran batalla americana" ya que por su importancia trascendental sólo puede compararse a ella Boyacá, "que fue su consecuencia final"; pero sin Maipú, agrega, "no habrían tenido lugar ni Boyacá ni Ayacucho".

En el escenario todavía humeante del combate, San Martín dictó el parte de la victoria que, afirma Haigh que fue su portador, "se escribió en un pedazo de papel

(1) El valiente Ordóñez fue muerto en San Luis cuando con otros jefes españoles encabezaba la famosa sublevación de los prisioneros el 8 de febrero de 1819.

recogido del suelo y manchado de sangre" <sup>(1)</sup>. Aquel parte decía: "Acabamos de ganar completamente la acción. Nuestra caballería los persigue hasta concluirlos. La patria es libre".

Todavía por el Oeste, ya todo enrojecido de ocaso, el sol que fuera convocado por el genio era testigo de la jornada de epopeya.

(1) Mitre, dice: "San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde a caballo el primer parte de la batalla; y el cirujano Paroissien lo escribe con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado".

## LA RUTA DE LIMA

Chile estaba prácticamente libre del dominio español; sólo en el sur se mantenía con algunas fuerzas el empecinado coronel Sánchez. Bien podía afirmar San Martín en su comunicado al gobierno: "Creo no engañarme al asegurar a V. E. que ha concluido para siempre el poder español en estas partes". Faltaba, empero, lo más difícil, otro período erizado de dificultades en el plan continental sanmartiniano: la etapa peruana; llevar la guerra en procura de la batalla definitiva para el porvenir de América al Perú, núcleo y baluarte del poderío realista, casamata orgullosa de la fuerza de España.

Antes de Maipú había obtenido de Pueyrredón la firme promesa de que el gobierno argentino le daría la máxima ayuda dentro de sus posibilidades. Cinco días después del triunfo de Maipú creyó indispensable realizar un nuevo viaje a Buenos Aires con la finalidad de "arreglar lo necesario para dar el último golpe a los enemigos". En la carta en que esto comunicaba al Director Supremo con esa modestia ejemplar tan suya, agregaba: "no quiero bullas ni fandangos" <sup>(1)</sup>.

(1) Sin embargo no pudo rehuir el gran homenaje que el 17 de mayo le rindieron las autoridades y el pueblo, ni los agasajos que se le tributaron el 25 en ocasión del octavo aniversario de mayo.

En Buenos Aires la expectativa por la llegada del general era extraordinaria. Los poetas habían cantado en versos inspirados sus bélicas hazañas; la población y el gobierno le han preparado triunfal recibimiento "que San Martín frustra apurando sus jornadas para anticipar su arribo en la madrugada del lunes once de mayo". Se detuvo en su casa en el demorado y ansioso abrazo de Remedios y el mucho acariciar a la pequeña Mercedes; sintió por unas horas a corazón pleno esa dicha hogareña que su destino le hacía tan esquiva y luego se dirigió al Fuerte a entrevistarse con Pueyrredón.

Además de aquélla, mantuvo otras entrevistas en el Fuerte; conversaron también sobre el plan continental en la chacra del Director en San Isidro y hubo una sesión extraordinaria de la logia Lautaro para tratar la ayuda que el gobierno podía prestar a San Martín.

Luego de tantas deliberaciones se convino en que el gobierno de Buenos Aires ayudaría a la expedición con 500.000 pesos destinados a completar la dotación de la escuadra libertadora.

San Martín, satisfecho del éxito de sus tramitaciones y más que nunca ansioso de realizar su plan peruano, salió de Buenos Aires camino de Mendoza, con Remedios y la niña. Llegado a Mendoza donde estuvieron algún tiempo, recordaba las épocas de esperanza y trabajar afanoso en la "ilustre Cuyo" y complacía en evocar con amigos de aquellos días sus desvelos de gobernador intendente.

Pero en medio de aquella paz feliz le trajeron amargura y dolor las noticias que llegaban de Buenos Aires



y Chile. Pueyrredón hablaba de la imposibilidad de conseguir lo prometido, y del otro lado del Ande se afirmaba que José Miguel Carrera que hacía en su pasquín "El Hurón" una campaña de infamias contra San Martín, había preparado un complot para asesinar a éste y a O'Higgins.

El general recordará, en los apuntes para Miller, cuanta dificultad surgió en aquellos momentos para empecer su cruzada americana. Y todavía faltaba la gota que hiciera rebasar su copa de acíbar en este Vía Crucis de su plan de libertad.

El gobierno de Buenos Aires está asediado por la situación política. Se ha reagrado aquella guerra civil del litoral que Mitre llama con acierto las guerras del Peloponeso argentino. Se le comunica a San Martín que debe mantenerse a la expectativa para acudir si es necesario en apoyo del gobierno central.

San Martín decide por resolución propia interponer su influencia ante los caudillos del litoral para evitar la disolución nacional que parece inminente. A Estanislao López, el paladín de la autonomía santafesina, le dice: "Mi sable jamás saldrá de su vaina por cuestiones políticas" y a Artigas, el gran caudillo uruguayo, le conminaba a transar y luchar unidos contra los enemigos de la libertad. Estas cartas fueron interceptadas antes de llegar a sus respectivos destinos.

Cuando está listo para hacerse cargo de la jefatura de la expedición y O'Higgins está dispuesto a "ayudarlo en todo sea como sea" le llega la orden de Rondeau —que es ahora Director Supremo en lugar de Pueyrre-

dón— de concurrir con los soldados a su mando a contender contra los caudillos del litoral. La más cruel de las luchas se traba en el alma del Capitán de los Andes; porque si cumple su deber de subordinado, el ciego acatamiento le llevará al campo para él repudiable de las luchas civiles, de la enconada guerra fratricida, con la frustración de la alta empresa americana. Tras dolorosa y larga vacilación decide realizar la empresa para la que se sabe destinado y escribe a O'Higgins: "Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el diablo".

Nuevos hechos apresuran aquella desobediencia que con acierto Levene ha calificado de genial: en Tucumán se han sublevado las tropas que han puesto preso al magnánimo Belgrano; malas noticias con respecto a Córdoba le transmiten el gobernador Castro y el general Francisco de la Cruz. Y entonces invocando "su reumatismo y la enfermedad del pecho que no le permitirá por mucho tiempo dedicarse a trabajo alguno", envía la renuncia dispuesto a ir a tomar baños curativos en Cauquenes.

El gobierno le contestará no aceptando su renuncia y dándole, en cambio, licencia para restaurar su salud. Pero San Martín, sin esperar la resolución gubernativa, ha partido de Mendoza rumbo a la cordillera en los primeros días de 1820. El viajero inglés Haigh, que le vió en Mendoza poco antes del viaje, ha descripto la extrema postración de San Martín cuya vida parecía contenida sólo en los ojos brillantes y afiebrados.

Tendido en una parihuela, que un grupo de peones se turnan para conducir, acompañado del doctor Colisberry y el capitán Beltrán, el hombre del destino cruza la cordillera. Aquel hombre que se diría ya tocado de muerte es superior a toda humana fragilidad y va a ponerse al frente de las armas patriotas para atacar en su reducto mismo al poderío de España en América.

Un viento helado que parece tajar ruge en los desfiladeros. Marcha el héroe, postrado, camino de su epopeya continental, mientras la Cruz del Sur labra sobre la forja oscura de la noche su encendida condecoración de altos luceros.

## LA LIBERTAD PERUANA

Lord Cochrane, valeroso oficial inglés que mandaba en jefe la escuadra chilena, había realizado un exitoso crucero en aguas del Pacífico cumpliendo así la faz preliminar del proyecto sanmartiniano, según el cual el dominio del mar era paso previo e indispensable para arriesgar la marcha del ejército expedicionario.

La preparación de este ejército fue obra de titánicos esfuerzos y los prodigios que San Martín cumpliera en tierra cuyana formando el Ejército de los Andes, hubo de repetirlos en tierra chilena para organizar la expedición libertadora.

Otra vez las maestranzas de Fray Luis Beltrán trabajaron sin tregua “fundiendo balas y cañones, construyendo fusiles y mochilas, bayonetas, sables y espadas”. Por su parte, O’Higgins realizó lo que parecía imposible lograr y, para cumplir con la ayuda prometida —dice un historiador chileno— “puso a saco las exhaustas arcas fiscales hasta agotarlas por completo”.

A mediados de agosto de 1820 el patriotismo y la tenacidad habían dado sus frutos y la expedición estaba lista para cumplir su misión de libertad.

El día 20 de aquel mes la escuadra chilena zarpaba de Valparaíso. El general San Martín tenía el mando en

jefe; Lord Cochrane la jefatura de la escuadra pero dependiendo directamente de San Martín; el general Juan Gregorio Las Heras había sido designado jefe del Estado Mayor y tenían mandos de importancia los generales Toribio Luzuriaga y J. A. Álvarez de Arenales. Diego Paroissien era el Cirujano Mayor.

Poco antes de partir dijo a los chilenos con acento profético: "Voy a emprender la grande obra de dar libertad al Perú. Voy a abrir la campaña más memorable de nuestra revolución y cuyo resultado aguarda el mundo para declararnos rebeldes si somos vencidos o reconocer nuestros derechos si triunfamos". Y con acento de profecía, agregó:

"Fiado en la justicia de nuestra causa y en la protección del Ser Supremo os prometo la victoria. El día más grande de nuestra revolución está próximo a amanecer".

El último en embarcarse fue San Martín en la goleta "Moctezuma", mandada por el capitán Don Francisco Erézcano, el único argentino jefe de buque en la escuadra.

"Se llevaban víveres para seis meses y armamentos y repuestos de toda clase para levantar un ejército en el Perú".

Durante mucho tiempo estuvo la población de Valparaíso mirando alejarse a aquella expedición que "llevaba todas las esperanzas de la patria" y cuando se esfumaba ya a lo lejos en la luz del crepúsculo de invierno, O'Higgins desde la Cuesta del Alto del Puerto, dijo a sus ayudantes aquellas palabras henchidas de historia:

—"De esas cuatro tablas depende la suerte de la Patria".

La expedición abordó las costas peruanas después de dieciocho días de navegación, en la Bahía de Paracas cercana al puerto de Pisco. El 8 de setiembre comenzó el desembarco y el 11 el ejército estaba acantonado en Pisco. Apenas pisaron las tropas tierra peruana San Martín dió a sus soldados aquella famosa proclama donde les decía:

—"Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino y sólo falta que el valor consume la obra de la constancia... Acordaos que no venís como conquistadores sino a libertar pueblos".

Antes de iniciar las hostilidades abrió negociaciones con los representantes del Virrey del Perú en la conferencia que se celebró el 1º de octubre en Miraflores, pero fracasada ésta dió comienzo a las operaciones militares enviando al bravo Arenales en su primera expedición a la sierra.

Las tropas de Arenales triunfaron en Nazca, donde en carga famosa la caballería al mando del intrépido Lavalle destrozó a los jinetes de Quimper (15 de octubre); pocos días antes se habían posesionado de Ica y el 6 de diciembre obtuvieron la victoria en el importante encuentro de Pasco.

Entretanto San Martín establecía su cuartel general en Huaura y cortaba al virrey su comunicación con las provincias del Norte. Consecuente con el propósito que se había trazado, "convirtió su campaña en una partida de ajedrez, en la cual la victoria sería del más

hábil y del más paciente. Jugó y ganó: el premio fue la libertad del Perú”, dice Orrego Vicuña.

Aquella estrategia sanmartiniana que tuvo sus críticos tan enconados como Cochrane, daba espléndidos resultados: casi cotidianamente, soldados, oficiales y aun jefes enemigos se pasaban al ejército libertador y las deserciones fueron problema que preocupó seriamente a las autoridades virreinales.

El fracaso de Pezuela ante aquella habilísima clase de guerra para la que San Martín tenía tan eficaces recursos motivó un golpe militar por el que el Virrey fue reemplazado en el mando por el enérgico La Serna, que sólo conseguiría ser el jefe en la derrota final...

Por orden de San Martín y de acuerdo con instrucciones de éste, Arenales realiza con idéntico éxito que la primera, su segunda campaña de la Sierra. Pasco, Jauja y Huancavélica fueron jornadas del triunfo patriota que movieron a La Serna a proponer en Punchauca un armisticio y entablar conversaciones para dar término a la guerra, las que fracasaron por la disparidad de miras que acerca del futuro del Perú independiente, tenían La Serna y El Libertador.

Entretanto la situación en Lima era cada día más crítica. El bloqueo del Callao aumentando en rigor impedía la entrada de víveres; la epidemia comenzaba a cebarse en la población y especialmente en las tropas del acantonamiento. Las simpatías realistas de los habitantes de la fastuosa Ciudad de los Reyes, que eran evidentes cuando San Martín comenzó su campaña, se

tornaban día a día favorables a las ideas de independencia que el gran argentino abanderaba.

Tan difícil llegó a ser la situación limeña que el 4 de julio el Virrey firmaba su proclama anunciando que abandonaba la ciudad y pidiendo a San Martín la magnanimidad para la vida de 1.000 soldados enfermos y de los 2.000 que guarnecían el Callao. El día 6 La Serna al frente de más de 2.000 hombres de tropa evacuaba Lima y emprendía la retirada buscando concentrarse con las fuerzas de Canterac.

El 9 de julio día que para los argentinos del Ejército Libertador enfervorizaba los corazones, penetraban las primeras columnas patriotas en la capital peruana; sin ostentación alguna, no como vencedores sino como hermanos de los habitantes de la americana Lima.

Al día siguiente, “llamado por el pueblo” —como él lo deseaba— entró San Martín, al anochecer y sin más compañía que la de su ayudante, en aquella Lima fastuosa y fuerte que tanto había estado en la meta de sus sueños.

A poco tiempo de haber llegado, la población tuvo conocimiento de su presencia y volcada en las calles se congregó ante la casa en que se alojaba dando “vivas” al Libertador San Martín, que hubo de salir repetidas veces al balcón principal para agradecer las demostraciones de la multitud.

Por disposición de San Martín fue convocada una junta de vecinos para que “expresen si la opinión general se halla decidida por la independencia”; esta junta

el día 15 de julio declaró a Perú independiente de España y cualquier otra dominación extranjera.

El Libertador dispuso que la jura de la independencia se celebrase en la plaza mayor el día 28 de julio. Aquella mañana la ciudad de Santa Rosa, el orgulloso baluarte del poder español, la de los virreyes fastuosos y las "tapadas" bellísimas, despertó con todas las galas de la fiesta. Desplegadas banderas —aquella bandera peruana que él había creado— se estremecían en el alto aire jubiloso. Los jardines se habían desnudado de sus colores y fragancias para ofrendarlos a la belleza del espectáculo y las músicas marciales ponían acento heroico a la jornada.

Desde lo alto del estrado que señoreaba la plaza dijo el Libertador:

"Desde este momento el Perú es libre e independiente por la voluntad del pueblo y por la justicia de la causa que Dios defiende".

La muchedumbre, con incontenible emoción, prorumpió en exclamaciones jubilosas viviendo la Patria y la Libertad.

Pocos días después, el 3 de agosto, asumió el gobierno con el título de Protector del Perú. De inmediato se abocó a la realización de una extraordinaria obra de progreso y justicia. Dictó la primera constitución peruana: el Estatuto Provisional, que para evitar la concentración del poder en manos del Director Supremo creaba un Consejo de Estado y un Poder Judicial independiente "como una de las garantías del orden social",

porque de nada valen "las máximas liberales cuando el que hace la ley es el que la ejecuta y la aplica". Creó sobre la base de la Legión Peruana el ejército nacional del nuevo Estado. En aras de su afán de fomentar la educación del pueblo fundó la biblioteca pública de Lima e impulsó decididamente la instrucción pública; adoptó importantes disposiciones; suprimió el tormento; decretó la libertad de vientres, la inviolabilidad del domicilio, la libertad de comercio y una serie de garantías para la libertad individual.

Al hacerse cargo del gobierno había dicho a los peruanos:

"Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando y dar cuenta de mis operaciones a los representantes del pueblo, estoy cierto que no encontrarán en la época de mi administración ninguno de aquellos rasgos de venalidad y despotismo que han caracterizado a los agentes del gobierno español en América".

Toda su acción de gobernante pareció inspirada en ese momento solemne en que haría balance e inventario de su obra de estadista; por eso coronó aquella campaña incruenta que acertadamente ha sido llamada "la guerra mágica del Perú", con una ejemplar obra de gobierno que añade su rama de mirto a su bélica corona de laurel.

QUINTA PARTE

*LA GRANDEZA DE GUAYAQUIL*

## EL CAMINO DE GUAYAQUIL

Trabajos de toda índole abruman al Protector y el peligro realista se cierne sobre el Estado recién nacido para la libertad. Los derrotados españoles se han rehecho en la región de la sierra al mando de La Serna y se preparan para llevar el ataque sobre Lima.

La expedición fue confiada al general Canterac que el cuatro de setiembre de 1821 estuvo en los alrededores de la ciudad de los Reyes.

Cuenta Mitre que San Martín estaba en el teatro viendo representar "El sí de las niñas" de Moratín, cuando le fue comunicada la proximidad de las fuerzas de Canterac. De inmediato el Protector pide a la población serenidad y entereza asegurándoles que el enemigo será destruido. Apresta la defensa mandando levantar barricadas, zanzar las calles y apostando los tiradores negros en las almenas de las murallas.

Monta en su bridón de pelea y sale a ponerse al frente de sus tropas para detener al enemigo y cumplir lo que ha prometido en su proclama: "...triunfar de ese ejército que viene sediento de sangre y propiedades o perecer con honor".

Sus fuerzas eran pocas, sobre todo comparadas con los 4.000 soldados veteranos que trae Canterac a los que

sólo puede oponer los hombres que le quedan de un total de 3.000 luego de haber destinado una parte al asedio del Callao y otro contingente a la protección de la ciudad.

“En tales momentos —dice Ornstein en un trabajo especializado— nunca hubo mayor clarividencia en aquella poderosa mentalidad, jamás estuvo más seguro de sí mismo ni más dueño de la situación cuyo desarrollo dirigía impávido”.

Distribuyó con tal acierto sus tropas que dejó “una puerta abierta” seguro de que el general español entraría por ella para reunirse a los defensores del Callao. Tal como si el genio de San Martín dirigiera los movimientos de Canterac, éste realizó la maniobra incitada y prevista, y el Callao que ya estaba reducido a sus últimas provisiones tuvo que capitular cuando la nueva tropa consumió lo poco que quedaba.

Cuando este plan se cumplía con matemática regularidad, San Martín tuvo que calmar las ansias de pelea de algunos de sus jefes y soportar la impertinencia de Cochrane que se pavoneaba murmurando que “el Protector tenía miedo de dar batalla”... Pero aquella maniobra incruenta y habilísima le hizo dueño de la más formidable fortaleza de la América del Sur, le dió el dominio absoluto de la costa del Pacífico y desmoralizó totalmente a un adversario al que había derrotado sin combatir.

Es cierto que, como después de Chacabuco, las maniobras de persecución no dieron todo el resultado previsto, pero ello no fue imputable a San Martín sino que —como lo afirma Mitre— “la inacción del ejército pa-

triotista en Lima había reflejado su fibra”. Era la sombra de Capua mellando el filo de la espada vencedora...

En esas circunstancias dos golpes aviesos que su estoico silencio hizo pasar inadvertidos en cuanto a su intensidad, le afectaron profundamente: el presunto complot denunciado por el coronel colombiano Heres que acusaba a algunos jefes del Ejército de los Andes y la hostil insubordinación de Cochrane que al negarse abiertamente a cumplir las órdenes de San Martín le dejaba sin el apoyo tan necesario de la escuadra.

Estos hechos maduraban la decisión de solicitar el apoyo militar de Bolívar que ya había surgido en los propósitos del Libertador luego de la desdichada expedición a Ica. Esta empresa mal conducida y peor obedecida por Tristán que se apartó de las órdenes que le diera el Libertador, dió por resultado el desastre de Ica donde los patriotas dejaron el campo de batalla cubierto de cadáveres que sacrificó la ineptitud.

Entretanto el enemigo que era dueño y señor de las sierras se fortalecía y reorganizaba hasta convertirse de nuevo en amenaza peligrosa.

“Era evidente —escribe Orrego— que el panorama militar exigía un reajuste; San Martín volvió los ojos a Bolívar y marchó a su encuentro”.

Delegó el mando en el Marqués de Torre Tagle y en el decreto de delegación, expresaba:

“Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia; los intereses generales de ambos estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca Amé-



rica hacen nuestra entrevista necesaria ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsable del éxito de esta sublime empresa”.

Y salió otra vez al encuentro de su destino. Llevaba el corazón pesado de dolor, pero más que nunca le erguía en denodado propósito el empeño de no escatimar sacrificio alguno en aras de su misión de libertad.

## LA CONFERENCIA “MISTERIOSA”

*“Se pretende que la conferencia que celebraron en Guayaquil José de San Martín y Simón Bolívar es un misterio que la historia no ha podido descifrar. Esta afirmación no es exacta. La historia puede reconstruir la parte principal de la entrevista a través de importantes documentos cuya crítica interna o de veracidad debe hacer el historiador”.*

RICARDO LEVENE

En el decreto por el que delegaba el mando en Torre Tagle, San Martín declaraba ya el propósito que lo llevaba a encontrarse con Bolívar; no olvidemos que en él había dicho: “Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca América, hacen nuestra entrevista necesaria”. Se destaca señero y concreto el propósito central: “la enérgica terminación de la guerra que sostenemos”. Es que indudablemente y como lo afirma Levene tras largo estudio de este aspecto fundamental en la vida de San Martín: “El principal objeto (de la entrevista) fue convenir la forma en que debía terminarse la guerra del Perú”.

Eso era lo medular: la unión de las fuerzas de que disponían ambos libertadores para dar la batalla definitiva que arrojaría a los ejércitos realistas del suelo de América.

San Martín, como siempre, estaba bien informado del poderío militar del adversario, sabía que los españoles podían poner sobre las armas 19.000 veteranos a los que los patriotas del Perú sólo podían oponer fuerzas mucho menos numerosas y bisoñas <sup>(1)</sup>.

Ante esa situación era indispensable la unión del esfuerzo en la grandeza del propósito y para ello fue a solicitar la ayuda militar de Bolívar, la que descontaba ya que las fuerzas del Ejército Libertador del Perú habían acudido generosamente en ayuda de Colombia.

Bien claramente lo dijo en su carta al General Miller: “En cuanto a mi viaje a Guayaquil él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia”.

Pensaría sin duda el vencedor del Ande que Bolívar no habría olvidado que “Los libertadores del Sur” —nombre que les dió Bolívar a los soldados de San Martín—, habían dado su sangre por Colombia y que los héroes de Río Bamba fueron aquellos granaderos comandados por el intrépido Lavalle para quienes pidió el nombre de “Granaderos de Río Bamba”.

(1) “No se haga Ud. ilusión general, las noticias que tiene de las fuerzas realistas, ellas montan en el Alto y Bajo Perú más de diez y nueve mil veteranos que pueden reunirse en el espacio de dos meses”. Carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822.



SAN MARTÍN y BOLÍVAR en la entrevista de Guayaquil  
(óleo)

Además estaba convencido San Martín como lo manifestaría al gran venezolano, que: "El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente".

Y en procura de los "auxilios" para obtener "el último triunfo" en "el único campo de batalla que quedaba en América" y que debía reunir los esfuerzos de todos los amantes de la libertad, San Martín se embarcó en el Callao el 18 de julio de 1822. Le acompañaba su ayudante Guido, y aquel día la goleta "Macedonia" puso proa hacia Guayaquil, hacia el destino...

Guayaquil había vivido graves y recientes acontecimientos: Bolívar acababa de firmar el decreto por el que, considerando a Quayaquil en estado de anarquía, lo declaraba bajo la protección de Colombia. Mal podía ser esta medida del agrado de la población ya que la causa de ella era la negativa del Consejo Municipal de solicitar su anexión a Colombia.

En estas circunstancias llegó San Martín, sólo con su ayudante a entrevistarse con Bolívar que estaba ensoberbecido de autoridad y rodeado de un fuerte contingente de su glorioso ejército.

El día 26 de julio de 1822 desembarcó San Martín en la ciudad de Guayaquil y entre las más fervorosas demostraciones del júbilo de la multitud, se dirigió acompañado de su ayudante y los edecanes que habían ido a recibirle, a la casa que se le destinaba para su

alojamiento. En ésta lo esperaba Bolívar que corrió a su encuentro diciéndole con efusión:

—"Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín".

Luego, tomados del brazo, entraron en el amplio salón donde San Martín atendió a las distintas delegaciones que fueron a testimoniarle su gratitud por las hazañas realizadas en favor de América.

Era evidente el contraste entre aquellos dos grandes soldados de la libertad; Espejo, que fue testigo de aquellos momentos, destaca que los entorchados coruscantes del venezolano chocaban con la austeridad azul del uniforme del Capitán de los Andes.

Atendidas las diversas delegaciones, Bolívar y San Martín conversaron a puertas cerradas por espacio de una hora y media. Sólo Mosquera, el secretario de Bolívar, entró por un brevísimo instante para llevar los documentos que su jefe le había pedido. Al terminar la entrevista retiróse Bolívar "impenetrable y grave como una esfinge".

Al otro día, el 27 de julio por la mañana, San Martín ordenó que se embarcara su equipaje y, a la una de la tarde concurrió a casa de Bolívar con quien mantuvo una entrevista de casi cuatro horas; ésta, "la verdadera conferencia", fue también a puertas cerradas y el más completo secreto rodeó a aquella trascendental deliberación de los grandes de América.

Luego la hora del banquete. Una frondosidad exuberante, propia del trópico, tenían los decorados, los atavíos, los gestos y hasta las palabras... en el momento

de los brindis el Libertador de Colombia se puso de pie y cargando en sus frases un orgulloso énfasis, dijo:

“Brindo por los dos hombres más grandes de América, el general San Martín y yo”.

A lo que el héroe de la epopeya continental respondió con clara sencillez:

“Por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del Libertador de Colombia”.

Poco después San Martín se retiró a su alojamiento y por la noche concurrió al baile con que la ciudad le despedía. Bajo los mil candelabros de escintilantes bujías Bolívar valsó con las más bellas jóvenes; y cuando crecía excesivo el bullicio San Martín se retiró por una puerta secreta. Era poco más de la una de la madrugada. Sólo Bolívar y algunos oficiales de alta graduación se enteraron de la partida. Poco después “El Santo de la Espada” llegaba ante la quieta “Macedonia”: iba a embarcarse de regreso al Perú de su hazaña, tomada ya la resolución inquebrantable y heroica.

¿Qué se trató en aquellas conversaciones que los libertadores mantuvieron en Guayaquil? Velo de pesado secreto las envolvía pero ya las pruebas documentales sometidas a la más severa crítica de autenticidad permiten develar el misterio.

Puede afirmarse, sin temor al yerro, que San Martín expuso a Bolívar la gravedad de la situación militar de los ejércitos patriotas y que su viaje a Guayaquil tuvo por objeto solicitar al Libertador de Colombia los

auxilios necesarios para terminar exitosamente la guerra del Perú.

Tenía derecho a confiar en esa ayuda puesto que el Perú había contribuido generosamente a ayudar a Colombia en su lucha por la libertad y los soldados argentinos se habían cubierto de gloria en Río Bamba y en Pichincha luchando en ayuda de la empresa bolivariana.

Ese propósito y esa confianza confesó el Libertador que fueron sus móviles, en la carta a Bolívar del 29 de agosto de 1822 —la llamada “Carta de Lafond”—, en cartas del 9 de abril de 1827 al general Miller y al general Guido el 28 de diciembre de ese mismo año.

Bolívar podía prestar, sin debilitar su situación, el auxilio que San Martín le requería pues el ejército de Colombia era fuerte en casi 10.000 soldados; sin embargo, las esperanzas del Libertador sufrirían amargo desencanto pues Bolívar le declaró: “Que haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones...”

Es entonces cuando San Martín se da cuenta de que el alma cesárea del héroe venezolano no quiere prestarle, por razones que adivina claramente, la ayuda necesaria y en uno de esos rasgos suyos hechos de sublimidad y desprendimiento se ofrece para servir a las órdenes de Bolívar; pero como éste no acepta su ofrecimiento, toma la irrevocable resolución de abandonar el territorio del Perú, convencido como escribió al venezolano, de que su “presencia” era el sólo obstáculo que le impide a Ud. venir al Perú con el ejército de su mando”.

No en balde recordando aquellos momentos angustiosos San Martín había escrito a Guido —que le reprochaba su abdicación—: “Mi presencia en el Perú acarrearía peores desgracias que mi separación”... y, al recordar la actitud de Bolívar, agregaba con dolor: “Bolívar y yo no cabemos en el Perú”.

Y, en sacrificio de inconmensurable grandeza, dejó todos los medios a su rival afortunado, diciéndole: “Ahora le queda a Ud. general un nuevo campo de gloria en el que va a poner Ud. el último sello a la libertad de América”.

Tal es la verdad y la grandeza de Guayaquil, aquella hora cenital en la vida del Libertador: más bella que el glorioso amanecer de San Lorenzo o la tarde victoriosa de Maipú; presidida de sublimidad como aquella otra hora de su vida en que marchó al ostracismo voluntario para que su sable de epopeya no acaudillase ninguna facción en las disputas de la Patria.

Tal es la grandeza y la verdad de Guayaquil: decidió renunciar al escenario de sus glorias en un sacrificio tan noble y fecundo que, inspirados en él, los griegos, aquel pueblo dichoso que al decir de Jardé creció entre la belleza de los símbolos, hubieran encontrado razón para el mito de un semidiós...

Fue aquella jornada de terrible grandeza, henchida de destino; y su corazón enorme debió sentir junto al dolor del desgarramiento la sensación extática de lo inefable.

## EL PEREGRINO DEL SACRIFICIO

Se perdían a lo lejos en la honda noche guayaquileña, encendida de astros, los compases de la fiesta brillante; se diluía el rumor por las callejas desiertas que llevan al puerto cuando una figura alta y embozada —sombra entre las sombras— se dirigió a la rada donde la goleta “Macedonia” perfilaba su estampa marinera.

Se dió la voz de alerta desde la nave y respondió el embozado con el santo y seña de la consigna. Tiróse una pequeña planchada y luego de despedirse de dos de sus acompañantes y de cambiar breves palabras con el otro cuyos entorchados brillaron un momento a la luz de la luna de julio, el caballero de la noche subió a la goleta y ordenó al capitán que aprestase la maniobra para zarpar.

Era el general José de San Martín, libertador de tres países y paladín sin par de la independencia americana que acababa de cerrar en la conferencia de Guayaquil el panorama deslumbrante de sus batallas, inmolándose una vez más para dar cima a su ineludible destino de libertad.

Había demostrado a Bolívar la necesidad de unir sus fuerzas militares para asestar el golpe decisivo al aguerrido ejército que España mantenía en el Perú. Y,

como no le seducían ni ambición de poder ni sed de mando, ni le deslumbraban sueños de alucinante vanidad, había ofrecido al gran venezolano servir bajo sus órdenes con tal de conseguir con la unión de sus ejércitos la batalla definitiva que sellase el destino de América.

Su desinterés se estrelló contra la personalidad cesárea del otro héroe americano y San Martín, en el momento sublime de la abnegación, dejó el sendero de la epopeya para iniciar la que sería amarga ruta del exilio.

Por eso aquella noche del 27 de julio de 1822 mientras vibraban aún los compases de la fiesta con que se le agasajara, San Martín, de pie en la proa de la goleta, miraba con fijeza obstinada cómo la quilla deshacía en espumas el fragmento de cielo que temblaba en el mar...

Guayaquil con su grandeza cimentada en sacrificio fue definitiva en la vida del Libertador. Poco tiempo después de aquella entrevista, el 20 de setiembre de 1822, renunció a su cargo de Protector del Perú y desde su retiro de la casa de campo en la Magdalena envió a los peruanos su último manifiesto: es ya el mensaje del filósofo que tiene el corazón por encima de la tormenta.

“Presenció —les dice— la declaración de la independencia de los estados de Chile y el Perú. Tengo en mi poder el estandarte que trajo Pizarro cuando esclavizó el imperio de los incas y he dejado de ser un hombre público. He aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra”.

De inmediato, tras breve inventario de la acción cumplida, da concisa cuenta de su determinación:

“Mis promesas a los pueblos por quienes he hecho la guerra se han cumplido: lograr su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobernantes. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible en los estados que de nuevo se constituyen”.

Y luego apela, como cinco años después lo haría Rivadavia en otra renuncia memorable, al juicio de la posteridad, al pronunciamiento de la historia, cuando dice:

“En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas, como en lo general de las cosas dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo”.

Bien ha podido afirmar Ricardo Levene con su autorizado juicio que ese documento en el que San Martín se despide de la vida pública, constituye una página magnífica en la historia moral de los pueblos y que “en pocas ocasiones el renunciamiento, la grandeza del alma y la fuerza y superioridad de una idea como principio rector de una vida alcanzaron nivel tan elevado”.

Aquella misma noche luego de escribir las palabras de la proclama memorable, se dirigió al puerto de Ancón acompañado de su ayudante y de su criado el fiel Eusebio Soto. El bergantín que le condujo a Chile se llamaba “Belgrano” en homenaje a su gran amigo, el prócer muerto dos años antes en medio de la miseria y entre el turbión de las pasiones desatadas. Quizá el vencedor del Ande en su hondo meditar filosófico pensó en esa cruz de dolor que arrastran siempre las grandezas humanas.

Peregrino de Renunciamento desanduvo la ruta de sus victorias, el itinerario de la epopeya: desde Perú hasta Valparaíso donde estuvo gravemente enfermo, y desde Chile hasta Mendoza. Era precisamente, pero a la inversa, el mismo camino por el que salió caballero armado de la libertad; era el retorno por los senderos del laurel: había marchado, seis años antes por ellos como un alucinado paladín de la "Ilíada" tras la brújula encendida de su estrella y los desandaba ahora en el retorno melancólico, mientras el sol occiduo tornasolaba fulgores ríspidos en el nevado andino.

SEXTA PARTE

*EL OSTRACISMO EJEMPLAR*

## LA ÁSPERA SENDA DEL OSTRACISMO

Estuvo en diciembre de 1822 algunos días en Santiago donde más de un jefe chileno que había servido a sus órdenes le pidió que influyera en O'Higgins —cuyo gobierno bamboleaba— para que hiciera un oportuno abandono del poder. Es muy posible que aconsejara a su gran amigo chileno en el sentido de la determinación que éste adoptó poco tiempo más tarde.

Pasó en enero a hacer una cura de baños en Cauquenes y a fines de ese mes emprendió la ruta de Mendoza. Salió a recibirle el coronel Manuel Olazábal que se había formado en su cuerpo de granaderos a caballo; el general le abrazó paternalmente con los ojos humedecidos por las lágrimas y cuenta Olazábal que, dijo: “Bueno será que bajemos ya de esta eminencia donde en otro tiempo me contempló América”.

Juntos San Martín y su antiguo cadete de granaderos, llegaron a Mendoza donde el gobernador Pedro Molina hizo cuanto estuvo a su alcance para hacer agradable y honrosa la estada del ilustre viajero. Apenas llegado tuvo noticias de que O'Higgins ha tenido que hacer renuncia del gobierno y de inmediato le escribe: “Ahora es cuando Ud. gozará de paz y tranquilidad, sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos”. “Goce



Ud. de la calma que le proporcionará el recuerdo de haber trabajado por el bien de la patria”.

En Mendoza, la ciudad muy amada, se instaló en su chacra de Los Barriales, frente a la cordillera por él vencida que se destacaba imponente, embanderada de cielo.

En un marco de Arcadia se ocupaba de las nobles tareas del campo: unas hectáreas sembradas de trigo destacaban su ondular dorado; el pequeño viñedo se recortaba en aquella estampa de égloga y algunos caballos desfleaban sus crines retozando en el ancho viento de la tarde. Era el apacible espejismo de la felicidad: apariencia ilusa y fugaz porque se nutrían en su savia largos días de dolor y sacrificio, de calumnia y miseria.

Por de pronto más que nada preocupaba al general las malas noticias acerca de la salud de Remeditos, la “esposa y amiga” que, por su mal incurable no podía hacer el viaje a Mendoza para el reencuentro ansiado. Como tampoco podía San Martín ir a Buenos Aires pues las cavilaciones de quienes detentan el poder le suponen el jefe de conspiraciones absurdas; de este modo las maquinaciones políticas que siempre repudió, la intriga agravante y la sospecha cobarde le cerrarán el camino del adiós postrero a Remeditos.

Estanislao López, el gobernante santafesino, sabe que se han tendido patrullas para apresar a San Martín si viaja a Buenos Aires y en un rasgo digno de su nobleza de alma, escribe al general:

—“Sé de una manera positiva por mis agentes en Buenos Aires que a la llegada de V. E. a aquella capi-

tal será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales por haber desobedecido sus órdenes de 1819, haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú”.

“Para evitar este escándalo inaudito y en manifestación de mi gratitud y la del pueblo que presido, por haberse negado Ud. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a su sólo aviso estaré con mi provincia en masa para esperar a V. E. en el Desmochado y llevarlo en triunfo hasta la Plaza de la Victoria”.

Pero una vez más se sacrificó San Martín, resuelto ahora a no ser la chispa que encendiera un nuevo choque fratricida. No aceptó el ofrecimiento del caudillo santafesino y, aferrado ansiosamente a aquella falacia de paz de su chacra mendocina le llegó la infausta noticia de la muerte de Remeditos. Él, que era profundamente tierno bajo su coraza de impasibilidad, sintió muy recio y muy hondo el golpe y vivió siempre fiel al recuerdo de la joven esposa que se adornó para él con azahares nupciales en una lejana primavera encendida de rosas.

A este dolor se unían las noticias que le llegaban desde Buenos Aires, Santiago y Lima: desde las naciones forjadas por su espada. En la Atenas del Plata, desde 1820 había desaparecido toda autoridad de carácter nacional, el ejército se había disuelto por la sublevación

y la anarquía y comenzaban a madurar entre ambiciones y conjuras aquellos duros e irremediables años de lucha entre los argentinos. En Chile, O'Higgins que había debido abandonar el gobierno comenzaba a ser pagado con injusta moneda de ingratitud... En Lima, la que-rella ambiciosa y menuda retardaba la batalla definitiva, aquella batalla por la que él se había sacrificado en el rasgo enorme de Guayaquil.

Para colmo de ingratitudes, en Lima se le vilipendia: circula profusamente una ofensiva y calumniosa proclama de Cochrane, su tenaz difamador, y el periódico "La Abeja Republicana" le sigue una campaña de infamias. Cierto es que no faltan ánimos esforzados como el del coronel Salvador Soyer <sup>(1)</sup> que le escribía:

—“Estoy listo cuando V. E. quiera a derramar mi sangre para vindicar las injusticias de esos malvados”.

Sabe que los descontentos del gobierno de Martín Rodríguez —que es el gobierno de su gran ministro Bernardino Rivadavia— levantan arteramente su nombre para encabezar una revolución. Y entonces tiene un rasgo de grandeza análoga al de Guayaquil: decide abandonar el país y escribe a Tomás Guido aquella carta reveladora que, como dice Levene, es la primera que esclarece la causa de su retiro de América. En ella le confía a su amigo:

(1) Quizá este coronel Soyer era uno de los pocos que entonces sabían el sacrificio de San Martín en Guayaquil; Espejo dice al referir la partida de Guayaquil, que a eso de la una de la madrugada San Martín le dijo a su ayudante Guido: “Llame al coronel Soyer, ya no puedo soportar este bullicio”.

“Querían honrarme con el glorioso título de Corifeo Revolucionario. Ud. sabe que Rivadavia no es un amigo mío. A pesar de esto sólo pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, lo mejor que se ha conocido en América. Ahora bien, ¿qué haría Ud. en mi caso?” <sup>(2)</sup>.

Tan crueles golpes, unos en su amor de hombre, otros en su fe en el futuro de su patria y de las naciones que él había fundado, maduraron su decisión haciéndola irrevocable. El 20 de noviembre de 1823 partió de Mendoza para Buenos Aires adonde llegó el 4 de diciembre. Estaba resuelto a abandonar la Argentina y consagrar el resto de sus días a la educación de Mercedes, su “infanta mendocina”.

Buenos Aires le recibió fríamente; en algunos sectores casi con hostilidad; él tenía el alma templada en su estoica filosofía pero debió sentir sin duda aquella injusticia hecha de incomprensión e ingratitud.

Con frecuencia iba al cementerio y estaba largo rato frente a la tumba de Remedios; pocos días antes de su partida mandó construir un mausoleo con la inscripción siguiente:

“Aquí yace Remedios Escalada,  
esposa y amiga del General San Martín”.

El 10 de febrero de 1824 embarcó con Mercedes en el puerto de Buenos Aires. Su última carta fue para

(2) La carta a Guido del 31 de julio de 1823 ha sido publicada por Levene en su trabajo “La personalidad moral de San Martín”. Bs. Aires, 1919.

su compadre y amigo el Coronel Federico Brandsen, el soldado francés que poco tiempo más tarde haría en Ituzaingó el sacrificio de su vida a la Argentina. En esa carta le decía: —“Dentro de una hora parto para Europa con el objeto de acompañar a mi hija para ponerla en un colegio de aquel país y no regresaré en todo el año salvo que los soberanos de Europa intentasen disponer de nuestra suerte”.

“Le Bayonnais”, pujante el combo velamen, levó anclas en el ópalo creciente de la madrugada estival. Hendió las aguas del río encrespado y turbio y luego penetró en el ancho océano acrecido de soledad. Va a su bordo el guerrero ilustre, el paladín de la epopeya americana. Despojado de su atuendo bélico es ahora una estilizada silueta en negro. Su mano morena y huesuda acaricia los rizos de una cabecita infantil... Y el viajero mira obstinadamente a la ciudad que se empequeñece y desdibuja a través de una lágrima donde atesoran su reflejo las dos inmensidades azules del cielo y el mar.

## EL AMARGO REGRESO

Luego de brevísimas estadas en El Havre y en Southampton, San Martín arribó a Londres en mayo de 1824. Allí fue objeto de cordialísimo recibimiento por parte de los antiguos amigos británicos de la época de sus campañas peninsulares y la ciudad escocesa de Banff le designó ciudadano honorario. Lord Fife, el mismo que en 1811 le ayudara a salir de la península para iniciar su cruzada de libertad, le agasajó muy particularmente y le llevó con él de cacería a su feudo de Escocia.

Durante el invierno de 1824 San Martín y Mercedes se trasladaron a Bruselas. Estaba el general muy corto de recursos y la baratura de la vida en aquella ciudad donde había buenos colegios decidió la elección. El 8 de febrero de 1825 escribía a su amigo O'Higgins diciéndole: “Desde fines del año pasado me he establecido en ésta. Lo barato del país y la libertad que se disfruta me han decidido a fijar mi residencia aquí hasta que finalice la educación de la niña”.

Internó a Mercedes en un excelente colegio lo que significaba para él un verdadero sacrificio: tanto que debió instalarse en una sola pieza en la Rue de la Fiancée 1422, ir a pie a todas partes para economizar sobre sus magros gastos y comer en un modesto café

frecuentado por artistas y estudiantes y donde sus menudados recursos le permitieron abonarse para el almuerzo solamente...

Allá en Bruselas, en la soledad poblada de recuerdos de su aposento, escribió las famosas "Máximas para mi hija", dictados de la experiencia y el corazón que por fortuna se han difundido muchísimo en nuestras escuelas.

Con retardo le llegaban noticias de la patria lejana. El fiel Guido le escribe instándole a volver. "Pensé —le dice— que Ud. habría abandonado esa filosofía estoica que lo alejó del teatro de sus glorias".

Tiempo después, ya iniciadas en la Banda Oriental las batallas de la guerra con el Imperio, insiste: "Con la guerra con el Brasil se abre un nuevo teatro para las glorias del general San Martín".

Pero El Libertador no ambicionaba la gloria: era solamente un estoico, un caballero que veló sus armas en sacrificio y en lealtad. Por eso: por urgencia del deber, apenas se lo permita su salud se embarcará para Buenos Aires, olvidando el injusto agravio de que el primer guerrero de la Patria no hubiera sido llamado cuando se combatía contra el extranjero en las cuchillas orientales.

Su mala salud había retardado la decisión y luego diferido el viaje. El reumatismo le postró por algún tiempo hinchándole hasta la deformación uno de los brazos. Pero los baños de Aix-la-chapelle le procuraron mucha mejoría y el 21 de noviembre de 1828, considerándose en condiciones de viajar, se trasladó a Fal-

mouth donde tomó pasaje en el "Contess of Chichester", el primer vapor que inauguraba la ruta del Plata. Viajó de incógnito como José Matorras: su nombre de pila y el apellido de su madre.

¡Cuánto dolor y qué profunda amargura le produjo aquel viaje de regreso en 1829! Acompañáballo como antes cuando salió del Perú, el fiel Eusebio Soto, paje entonces y ahora amigo. Supo al llegar al Janeiro que se había firmado la paz entre la Argentina y el Imperio. Una paz sin premio ni gloria que era la negación de Bacacay e Ituzaingó, de Los Pozos y Juncal. Porque parecía cosa del destino desde los viejos tiempos de las luchas entre españoles y portugueses por la posesión de la Colonia del Sacramento, que vencieran siempre los primeros en los combates y los segundos en los tratados... y que igual cosa ocurriera con sus descendientes argentinos y brasileños, ya que la paz sellaba para nosotros la pérdida de nuestra provincia oriental.

Desde el Janeiro, quebrada ya la esperanza de servir al país en los campos de batalla en la lucha contra el extranjero, se dirige a Buenos Aires. No desembarcó siquiera porque se habían anticipado a su arribo la agresividad de la calumnia y de la ingratitud.

Permaneció cuatro días a bordo del Chichester sin bajar a tierra, frente a la rada de Buenos Aires y en el buque recibió el saludo de algunos amigos y a uno de ellos, el coronel Olazábal —el fiel Olazábal que fue a su encuentro en 1823 cuando él regresó a Mendoza— le dijo: "Yo supe en Río de Janeiro la revolución encabezada por Lavalle, el fusilamiento del gobernador Dorre-

go. Entonces me decidí a venir hasta balizas, permanecer en el paquete y por nada desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar y regresar a Europa. Mi sable... ¡No!... ¡Jamás se desenvainará en guerras civiles!”

La breve estada fue suficiente para que una gacétila procaz le llevase mensaje de insidia diciendo bajo el título de “Ambigüedades”: “En esta clase reputamos el arribo inesperado a estas playas del General San Martín, sobre lo que sólo diremos que este general ha venido a este país a los cinco años, pero después de haber sabido que se habían hecho las paces con el emperador del Brasil”.

Aquel suelto era todavía más innoble por coincidir su aparición con un nuevo aniversario de la batalla de Chacabuco. Y Sarmiento destaca al comentar el episodio que el Gran Capitán de América pudo responder a la insidia con las mismas palabras que dos mil años antes había pronunciado Escipión contestando a cargo semejante: “Un día como éste salvé a Roma; vamos al Capitolio a dar gracias a los Dioses”.

Pero San Martín, más grande en la adversidad que el vencedor de Aníbal, guardó estoico y sublime silencio.

Conseguidos los pasaportes que solicitara al ministro Díaz Vélez, embarcó en el “General Rondeau” para Montevideo, donde estuvo varios meses. Allí encontró refugio cordial y los hombres de leyes como Llambí, Suárez y Giró o los guerreros gloriosos como Lavalleja, Rivera y Rondeau le dieron muestras de la admiración del pueblo oriental. El 19 de marzo de 1829, día de San

José, en la fiesta que el decano del Superior Tribunal de Justicia le ofreciera, el poeta Acuña de Figueroa cantó en versos inspirados las glorias del Gran Capitán.

Pero hasta aquel refugio cordial, remanso de paz, llegaron las olas de la borrasca civil argentina: Juan Andrés Gelly y el coronel Eduardo Trolé enviados por el general Juan Lavalle le entrevistaron para ofrecerle el gobierno de Buenos Aires, que el bravo sableador de Río Bamba y de Ituzaingó apenas podía mantener cercado, como lo estaba, por las fuerzas de la campaña bonaerense.

San Martín rechaza el ofrecimiento: no quiere desenvainar su curvo glorioso sino contra el agresor extranjero; jamás contra sus hermanos argentinos, porque él no tiene sino un sólo partido: la Patria que está por encima de toda facción y toda bandería.

Rechaza la dictadura que se le ofrece y, fracasada de nuevo aquella única ambición de “vivir y morir tranquilamente en el seno de la Patria”, emprendió otra vez largas rutas marinas aquel estoico peregrino del sacrificio.

## LA CIUDAD LUZ

En 1830 —luego de haber estado en Inglaterra y Bélgica— se trasladó a Francia instalándose primeramente en una casa de campo cerca de París. La pobreza era mucha, pero San Martín se había acostumbrado a aquella desagradable compañera.

Vivía con Merceditas y su hermano Justo Rufino que le acompañaba desde su primera estada en Bruselas. Pobreza, enfermedad y nostalgia como las tres brujas de la conseja infantil rondan en torno de aquella grandeza infortunada. Él, acorazado de estoicismo, enfrentaba serenamente tanta adversidad.

Durante la epidemia de cólera de 1832 enfermaron gravemente Merceditas y el general. Repuestos ambos recibió una oportuna “remesa”, que le enviaba O’Higgins, de tres mil pesos que era parte de lo que le adeudaba el gobierno peruano. Con ellos pudo “satisfacer los nuevos empeños que había contraído en su penosa y larga enfermedad” y contribuyeron a “realizar sus más deseadas esperanzas”.

Eran éstas la realización del casamiento de Mercedes con Mariano Balcarce, joven que estaba seguro haría la felicidad de su hija.

La boda se realizó el 13 de diciembre de 1832 y una semana más tarde los recién casados se embarcaban

para Buenos Aires. San Martín llevó entonces una vida silenciosa y triste. Por las mañanas cultivaba un pequeño rectángulo de tierra que era un poco huerta y otro poco jardín; por las tardes se enfundaba en su larga levita oscura y salía a visitar los parques, los monumentos históricos y los museos de la Ciudad Luz. Regresaba, ya crecido el atardecer, cuando brillaban las primeras estrellas en el cielo de la clara Lutecia amada por Juliano.

Otras veces salía en las primeras horas de la tarde para aprovechar el sol apacible que parecía infundir nuevos bríos en su cuerpo cansado y enfermo. Solía recorrer los puestos de libros viejos, situados a orillas del Sena y en las inmediaciones del Instituto; miraba las portadas desvaídas de los antiguos infolios y conversaba como entendido con los “bouquinistes”, este Caballero de América al que la soledad había hecho hombre de hondas y tenaces lecturas.

Vivía modestamente, economizando hasta sobre lo necesario, y a pesar de ello la calumnia le seguía hiriendo con saña. Poco tiempo antes había visitado el Colegio Silvela donde se educaban muchos jóvenes hispano-americanos enviados por sus familias a París. Vicente Pérez Rosales, joven chileno, ha relatado con amargura la entrevista.

El general preguntó al muchacho qué se decía de él en Chile. Rosales calló no atreviéndose a contestar pero, a instancias de San Martín, le manifestó que se le atribuía el haberse quedado con parte del dinero que Chile le entregó para los gastos de la expedición al Perú.

El Capitán de los Andes hundió por un momento el rostro entre las manos y luego con sonrisa nimbada de filosófica tristeza mostró al muchacho su ropa envejecida y remendada, sus guantes dañados por el mucho uso, la huella toda de la pobreza que llevaba consigo disimulada bajo una extrema pulcritud.

Reinaba literariamente por entonces la gran figura de Hugo que después de "la batalla de "Hernani" era el gonfaloniero del romanticismo en Francia y, por serlo en Francia, en el mundo. Alguna vez el Caballero del Destierro le vió salir de la casa de la Plaza Royale acompañado por un grupo de admiradores de anchos sombreros y flotantes chalinas.

En la calle Louis le Grand vivía Alcides D'Orbigny el sabio autor de "Viajes a la América Meridional"; y en Chez Pestel podía contemplar a las figuras descollantes de las ciencias y las letras cuyos nombres eran comunes en cualquier lugar del mundo civilizado.

Las noticias de América despertaban recuerdos en su dolorido corazón: a fines de 1831, Bolívar había muerto tuberculoso en Santa Marta, desengañado de su sueño cesáreo y dejando aquella frase: ..."He arado en el mar" que es como la definición de ese desencanto... O'Higgins, desde el destierro, le escribía con frecuencia haciendo alusión a la ingratitud de los hombres y de los pueblos.

Un día estuvo en Fontainebleu; paseó por el bosque magnífico y visitó el castillo que escuchó las plegarias de Luix IX y el sollozo de Napoleón. Pensativo reflexionaría el anciano glorioso en el destino de las grande-

zas humanas, en aquella misma sala donde el vencido de Waterloo firmó la abdicación a instancias de sus mariscales ahitos de gloria y de batalla.

Cuando la pobreza le cercaba otra vez tenazmente tuvo el providencial encuentro con Alejandro Aguado, compañero de armas de la lejana juventud. Habían sido oficiales en el mismo regimiento en los tiempos de la invasión napoleónica a la Península. Alejandro Aguado, noble y rico, hijo del Conde de Montelirios abandonó la carrera de las armas para dedicarse a las actividades de la banca. Fernando VII le había hecho Marqués de las Marismas de Guadalquivir premiando con ese título el desagüe de los terrenos palustres que iban de Sevilla al mar y que Don Alejandro costeó de su cuenta. Ahora el millonario español era, en la Francia de Luis Felipe, el banquero de confianza del rey.

Sarmiento ha relatado, quizá con algo que aderezó su fantasía, el reencuentro de los dos antiguos oficiales de la lucha peninsular. "Mientras San Martín hacía una mañana su sencillo y rígido tocado —escribe Sarmiento— introdúcese en su habitación un extraño que lo mira, lo examina y exclama aún dudoso: ¡San Martín!

—¡Aguado!, si no me engaño responde el huésped. Y antes de cerciorarse ya estaba estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de armas".

De inmediato salieron a almorzar juntos; evocaron los hermosos recuerdos del pasado y reanudaron íntegra y leal amistad que ya sólo truncaría la muerte del millonario español.

Sobre el Sena, a dos leguas de viaje de París por el

Ferrocarril de Orleáns, en el municipio de Evry, se alza el Chateau de Petit-Bourg, propiedad de Aguado. Frente al castillo había una hermosa residencia de dos pisos altos, blancas paredes, una hectárea de terreno plantada de árboles y un jardín que se embellecía con la floración de las dalias multicolores. La residencia se llamaba Grand Bourg y San Martín la adquirió con ayuda de Aguado, aquel noble amigo a quien llamó "El bienhechor".

El potentado hizo construir un puente sobre el Sena para comunicar ambas residencias, y en las tardes tibias era frecuente ver a dos ancianos acodados a la baranda hablando de las hermosas cosas idas... durante mucho tiempo: hasta que en el cielo del río brotaban las primeras estrellas.

## LOS DÍAS DE "GRAND BOURG"

Cuando Merceditas y su esposo regresaron de Buenos Aires, la familia toda se alojó en Grand Bourg y la hija ejemplar rodeó de solícitos cuidados los días del Libertador.

Del matrimonio Balcarce-San Martín sólo nacieron dos hijas: María Mercedes y Josefa Dominga que en aquellos días de Grand Bourg fueron la alegría de la casa y el consuelo dichoso para el viejo corazón del general <sup>(1)</sup>.

Al año más o menos de adquirir la finca de Grand Bourg, San Martín adquirió una hermosa casa en un barrio residencial de la capital de Francia en la Rue Neuve Saint Georges. Es evidente que su situación económica había mejorado muchísimo: quizás Mariano Balcarce en su viaje a Buenos Aires había conseguido vender ventajosamente algún bien inmueble; quizás algún gobierno deudor liquidó parte de lo que debía en concepto de sueldos atrasados a San Martín.

(1) María de las Mercedes falleció soltera a los 26 años, víctima del mismo mal que la frágil Remedios; Josefa Dominga, que se casó con el mejicano Fernando Gutiérrez de Estrada, murió en París a los 87 años el 21 de mayo de 1924.



Aunque alejados de la bulliciosa París llegaban a menudo hasta Grand Bourg los ecos de la ciudad afiebrada, el latir del corazón de Francia que era entonces la potencia que más pesaba en el concierto de las naciones. El gran argentino sentado ante el reloj con el busto de Napoleón, leía las noticias de aquella agitada política precursora del movimiento de 1848 y veía aparecer la "cuestión social" que no escapó a su comentario sagaz y advertido.

Leía los diarios de Carrel y Girardin, sentado en su ancho sillón de terciopelo rojo bajo aquella marina del combate de Aboukir, adquirida en Londres, y que él había coloreado a la acuarela en sus aficiones de pintor.

Florencio Balcarce, el poeta adolescente, hermano del esposo de Merceditas, era visitante casi cotidiano. El muchacho había ido a Francia en busca de mejor clima para su pulmón enfermo. Era simpático y de real talento. Su estro está reflejado en "El lechero", poesía de tono popular y "El cigarro", escrita en 1847, inspirándose en San Martín y teniéndole por modelo. Juan María Gutiérrez afirmó con razón que este poema podía titularse "El veterano de la patria"; una de las estrofas dice:

"Por la gloria fuí soldado  
y seguí nuestras banderas  
en el campo ensangrentado  
y en las altas cordilleras.

Aún mi huella está grabada  
en la tumba de Pizarro.  
Pero ¿qué es la gloria? Nada  
más que el humo de un cigarro" (1).

Una de las composiciones más hermosas de Florencio Balcarce es su "Adiós a Buenos Aires" de gran fuerza poética, y lleno de no desmentido presentimiento... San Martín simpatizaba mucho con este adolescente soñador y enfermo que decía en versos su angustia de saberse tocado de muerte.

Llegaban a la casona de Grand Bourg los visitantes de la patria añorada, casi todos ellos luego de largas jornadas de proscripción. En 1843, en el primer día de setiembre, Juan Bautista Alberdi entró como en un recinto sagrado en el gabinete de trabajo del general, "presidido —dice el visitante— por la gloriosa espada que cambió un día la faz de América".

San Martín mostró al visitante su más preciado tesoro: el Estandarte de Pizarro, que el anciano extendió sobre el piso para que lo admirase mejor el talentoso tucumano. Alberdi comprendió todo el simbolismo del trofeo glorioso y, al irse, ya manchado de ocaso el alto

(1) Se encuentra conservado en el Museo Histórico Sarmiento el documento que en 1847 regalaron los familiares de San Martín al genial sanjuanino; es una página escrita por ellos donde figuran: "El Cigarro", de Florencio Balcarce (copiado por su hermano Mariano); unos versos de Lamartine, copiados por Mercedes San Martín de Balcarce; un pensamiento de Weiss escrito por el general; unas líneas de Mercedes Balcarce y un pensamiento firmado por Pepa Balcarce.

cielo, se retiró meditando en el hondo significado de aquel estandarte de conquista que era orgullo del Libertador.

Aquel año y coincidiendo casi con la visita de Alberdi, el general recibió una de las grandes satisfacciones de su vida: el nombramiento de Miembro de Número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Florencio Varela y Andrés Lamas en la sesión del día 2 de julio de 1843, habían propuesto aquel homenaje que compartió Bernardino Rivadavia en su dura ruta de proscripción.

El mismo Florencio Varela que propusiera este homenaje del Instituto visitó a San Martín en 1844. La primera visita la realizó el 20 de febrero, casi recién llegado a la Ciudad Luz. Fue atraído por el vehemente deseo de conocer a quien él había definido como "el primer guerrero de nuestro país, a quien se debe la mayor parte de nuestras glorias nacionales y la mejor escuela militar que hayamos tenido".

El general le recordó a Varela la carta que éste le había escrito en 1834 solicitándole datos para escribir la historia de la República Argentina y le explicó por qué no le había hecho llegar la documentación solicitada.

También, según cuenta el periodista mártir en su diario de viaje, contra el hermetismo esperado expresó juicios acerca del gobierno de Rosas, pero es muy posible que Don Florencio exagerara a través de sus propias convicciones alguna reflexión del general.

Poco antes de partir de regreso para la Nueva Troya del sitio inmortal, Varela volvió a visitar a San Mar-



MONUMENTO AL EJÉRCITO DE LOS ANDES  
(Mendoza)

tín en su retiro de Grand Bourg. En su "Diario de viaje" consignó la emoción de aquella despedida: "Conversar con el general San Martín —escribe— es como leer los anales vivos de la gran epopeya de la revolución; es asistir al drama glorioso en que tan brillante papel representó el guerrero renombrado".

A las nueve de la noche el visitante se retiró de Grand Bourg. Marchaba hacia París con una emoción de grandeza en el alma y con el imperecedero recuerdo de aquel día en que durante varias horas había estado frente a la gloria más pura de la patria.

En 1846 Sarmiento, también proscrito, llegó a Gran Bourg para visitar al general. Había escrito ya en los diarios de Chile numerosos artículos exaltando la gran figura del libertador <sup>(1)</sup>. Varias veces tuvo largas pláticas con el general a partir de aquella inicial del 24 de mayo de 1846.

El fogoso polemista hurgó en los recuerdos de San Martín durante aquellas conversaciones en las que logró el gran anhelo de ver al héroe de la independencia y hablar con él y se sintió depositario de la versión histórica de la entrevista de Guayaquil.

Con todo acierto consideró que la carta de San Martín a Bolívar del 29 de agosto de 1822 es la clave del considerado "misterio de Guayaquil" y develándolo presentó para su recepción en el Instituto Histórico de

(1) Antonio P. Castro, en su trabajo "San Martín y Sarmiento", Buenos Aires, 1947, destaca la trayectoria sanmartiniana de Sarmiento y refiere las publicaciones más importantes publicadas por Sarmiento recordando las glorias de San Martín.

Francia, su famoso trabajo titulado "Etude politique sur San Martin et Bolivar, et sur la guerre de l'indépendance dans l'Amerique du Sud".

Aquellos visitantes le traían no ya el recuerdo siempre vivo en él de la patria lejana, sino la certeza de su relieve histórico; eran enemigos declarados de Juan Manuel de Rosas, el gobernador a quien en su testamento legara su sable como prueba del agrado con que había visto su firme actitud frente al injusto bloqueo de Francia e Inglaterra. Los grandes rivales que dividían en odios enconados a la familia argentina, se encontraban unidos en una sola gran verdad: la admiración por San Martín.

Entre tanto el clima político de París se cargaba de las mil fuerzas que provocarían la revolución de febrero de 1848. El genio de Galia, ardiente hasta la exaltación miraba con aquel desdén que definió magistralmente Lamartine <sup>(1)</sup> a ese gobierno sin prestigio y sin gloria que movía pesada y rutinariamente el engranaje administrativo. Las canciones de Béranger satirizaban a Luis Felipe; en los cafés "vieux moustaches", a media paga, hablaban de las glorias del Imperio; y allá en la prisión de Ham, Luis Napoleón soñaba confiado en su estrella, con las águilas de Wagram y los dorados estandartes de Austerlitz...

Hasta Sué y sus colegas de "feuilleton" creaban personajes desbordantes de ideales de justicia, de libertad, de grandeza. Sólo la monarquía de julio con su vie-

(1) "La France s'ennuie..." es la expresión magistral de Lamartine.

jo burgués hecho rey, seguía lenta y descolorida apuntalándose con votos comprados mientras en el ambiente de París se adivinaban las barricadas de febrero y más allá las águilas del Imperio señoreando de nuevo sobre las Tullerías.

Y la revolución presentida estalló el 23 de febrero cuando un grupo de soldados disparó sobre una concentración de obreros y estudiantes. Al otro día París estaba erizado de barricadas y el viejo rey abdicaba en favor de su nieto el Conde de París. Pero ya era tarde y la segunda República nacía a un marcial conjuro de libertarias marselesas.

No era aquel ambiente de convulsión y de violencia el que deseaba San Martín para su puesta de sol y luchaba todavía Cavaignac —sereno y grave como en la litografía de Lafosse— para lograr la “sangrienta pacificación” cuando el Libertador de América se dirigía a su última etapa de ostracismo: Boulogne, sobre la roca, frente al mar.

## LA ETAPA POSTRERA

El Héroe Americano había buscado un lugar apacible para esperar con filosófico estoicismo la llegada del fin para sus días. Con tal propósito se trasladó a Boulogne-Sur-Mer en la costa del Canal de la Mancha.

La ciudad pequeña, capital del departamento Pas de Calais, se levanta sobre el pétreo cimiento que la acoraza del embate marino. Añosas leyendas como aquella que inspiró a Debussy, cuentan que en las noches de mar encalmado se oyen en aquella costa las lejanas campanas de viejas catedrales sumergidas.

San Martín alquiló allí el piso alto de la casa del abogado Gérard, que fue su amigo y biógrafo; trasladó los muebles de Grand Bourg y se instaló con su familia.

La casa se levanta en la parte alta de la ciudad, abarcando el panorama del Liano en su pendiente hacia el canal, la Plaza de Capecure y el mar proceloso en continuo batir contra la costa acantilada. Cerca se yergue la muralla construida con las mismas piedras que asentaron las legiones romanas. La tormenta ha hecho su nido entre las rocas y con desatada frecuencia llena de altas olas desflecadas de espuma el acantilado bravío.

Aquel recio plinto roqueño sería la etapa postrera en la vida del Capitán de América.

Ya la vejez le cercaba implacable con su ronda de males, de los que el más molesto era la ceguera casi total a consecuencia de las cataratas. Esto desesperaba al general que era lector afanoso y pasaba la mayor parte de sus horas en larga y amena lectura. Se reconcentraba en libros de historia o embellecía su tiempo con novelas o épicos poemas donde los protagonistas hazañosos cobraban vida por el sendero de la aventura.

La correspondencia que le llegaba de América era abundante y con honda satisfacción veía concretarse el fallo de la justicia histórica en admiración y gratitud para su campaña de gloria y para su sacrificio extraordinario.

Ese reconocimiento debió ser como un bálsamo para las hondas heridas que, aunque no mostró nunca su estoica entereza, tuvieron que causarle la ingratitud y la calumnia.

El general Castilla, presidente del Perú, le escribía a su nido roquero de Boulogne recordándole como a una gloria americana. La respuesta de San Martín tiene enorme trascendencia histórica porque confirma la verdad de Guayaquil, su propósito libertario y su largo silencio sacrificado.

En julio de 1850, luego de la feliz operación de sus cataratas, fue a una estación termal cerca de París. Allí le encontró Félix Frías, el publicista que fuera otrora guardián heroico del cadáver de Lavalle.

Hablaron de la patria distante y San Martín expresó su fe profunda en el destino de la Argentina y de América. "Su inteligencia que supo hermanar la glo-

ria con la más bella de las virtudes, el desinterés, juzgaba con acierto las cuestiones sociales", escribe su interlocutor y agrega: "Su lenguaje era de un tono firme y militar, por decirlo así, cual el de un hombre de convicciones meditadas".

Sin embargo, ya la muerte estaba como un eco en el fondo de su voz. Con un ligero alivio regresó a Boulogne-Sur-Mer. El 6 de agosto, aprovechando el tiempo estival que hacía liviano y suave el aire, se hizo conducir hasta la costa donde el mar golpeaba con rumor pendular contra la roca. La mirada cansada adquirió inusitado brillo y se hundió en la azul lejanía con desesperado esfuerzo como queriendo avizorar aquella patria suya que estaba más allá de la distancia marina.

Al regresar se sintió nuevamente agotado y fue necesario llevarlo al lecho. Durante varios días estuvo con fuertes dolores que sólo cedían ante grandes dosis de opio. Tuvo esa engañosa mejoría que suele preceder a la muerte; pero poco más tarde aumentaron los dolores y con la exacta sensación de la partida, dijo filosóficamente a la angustiada Mercedes: "C'est l'orage que mène au port..."

"Es la tormenta que lleva al puerto..." y lo dijo con la tranquila convicción de quien, en paz con su alma, sólo espera entrar en la doble gloria de Dios y de la Historia.

Y en ellas entró el 17 de agosto a las tres de la tarde cuando la tormenta se desataba de su nido de rocas y el mar embravecido parecía entonar su miserere trágico.

Al anochecer quedó terminada la capilla mortuoria y dos hermanas de caridad rezaban el Rosario que coreaban las voces de los presentes. El rostro de San Martín “conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable”. Un gran crucifijo parecía nacer de la raíz de sus manos unidas sobre el pecho... Los velones de cera dejaban una larga estría de luz temblorosa y dorada sobre el cuerpo yacente del Capitán de América, como si quisieran poner con su reflejo de oro una condecoración en la mortaja de este Don Quijote muerto, Caballero del Sacrificio y Cruzado de la Libertad.

Después, un modesto cortejo acompañó la fúnebre carroza a la iglesia de San Nicolás y oficiada la misa de cuerpo presente, se dirigió hasta la Catedral de Nuestra Señora de Boulogne en una de cuyas cámaras subterráneas fue depositado el féretro. Allí esperaba el ilustre muerto que fuera cumplido su anheloso mandato: “Que mi corazón sea depositado en el de Buenos Aires”.

Años más tarde, los restos gloriosos fueron trasladados al panteón de la familia en Brunoy, cerca de París, hasta que el reclamo de la Patria los trajo a través del mar en la nave empavesada de orgullosas banderas argentinas que desplegaban un cielo bajo el cielo custodiando el sueño de muerte de su Gran Capitán.

## SEPTIMA PARTE

### *EL ARQUETIPO*

“Que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires”... Así había expresado en la cláusula testamentaria su íntimo anhelo el gran paladín de la epopeya cuando vió acercarse el fin para aquellos días suyos amasados en gloria y en dolor.

Y sin embargo, demoraba en cumplirse su deseo que era mandato para las generaciones argentinas.

Cierto es que la patria había pasado por duros y fecundos días: Caseros, la Carta del 53, las luchas entre Buenos Aires y la Confederación; la guerra de la Triple Alianza; el alzamiento de los últimos caudillos, hasta llegar a 1880 con la heroica insurgencia de Tejedor y la capitalización de Buenos Aires.

Y en ese 1880, cuando se completa la organización nacional, cuando han depuesto enconadas banderías los hermanos en lucha, a Buenos Aires que es capital de una Argentina que sólo tiene una bandera: la azul y blanca de Belgrano —la única que siguió San Martín— llegará el depósito sagrado de las cenizas veneradas.

Antes la grandeza sanmartiniana había tenido ya pruebas de la gratitud nacional, en homenajes en cuya entraña antelaban ya los días de la póstuma repatriación y luego aquellos altos días centenarios en que la patria toda desde el Pilcomayo hasta la Antártida se unió en homenaje y en fervor.

Apenas conocida la noticia de la muerte del Capitán de América, Urquiza había firmado un decreto para levantar una columna en honor del soldado del Ande en la capital de su Entre Ríos heroica y bella.

Diez años más tarde, el general Mitre, el biógrafo por antonomasia del Libertador, como presidente de la república había promovido la erección de la estatua ecuestre que fue inaugurada el 13 de julio de 1862 en la Plaza San Martín. En aquella emotiva jornada en que el bronce del Gran Capitán señoreaba sobre su antiguo Cuartel del Retiro, el Presidente dijo:

...“si el bronce se animara sin duda que el general San Martín se estremecería de gozo cuando pudiese contemplar en este momento, en torno suyo, a todos los miembros de la gran familia argentina, reunidos en paz y libertad y realizando después de medio siglo de trabajos e infortunios, la gran obra a que dedicó su vida”.

Asistían al acto los veteranos sobrevivientes de la gran campaña libertadora; una humedad de lágrimas nublaban aquellas viejas pupilas que habían seguido por todas las rutas de América el tremolar de la bandera en su cruzada de libertad... En nombre de ellos el general Tomás Guido recordó que:

“De aquí desde esta misma plaza donde la multitud palpitante de emoción y santa alegría, contempla la imagen del general San Martín, partió adiestrada por él en el noble ejercicio de las armas la segunda falange de guerreros destinados a llevar adelante la gigantesca empresa de emancipar un mundo”.

En 1878 se celebró con magnas ceremonias alusivas el centenario del nacimiento del Libertador. El pueblo llenó de ofrendas florales el basamento de la estatua; los granaderos desfilaron ante su jefe de bronce, desnudo el sable y altiva la mirada, y pareció, por milagro de evocación, que eran aquellos mismos que salieron en una tarde de enero de aquel lugar para su bautismo de gloria en San Lorenzo.

Los poetas cantaron la epopeya; y el presidente Avellaneda prometió a su pueblo que serían traídos a la patria los restos del Libertador para cumplir con el anhelo del prócer; y, en medio de aquellas patrióticas emociones, el viejo corazón de Juan María Gutiérrez, el poeta de Mayo, no pudo resistir y se rompió como una rosa de sangre en el más sublime homenaje de su gran devoción sanmartiniana...

Dos años más tarde, el 17 de mayo de 1880, fondeó en el puerto de Montevideo el transporte “Villarino”, recién construido en astilleros ingleses y que venía a incorporarse a la armada nacional. Su primera misión era de gloria: transportaba los restos del general San Martín en la jornada de la repatriación.

Cuando el “Villarino” al que escoltaban un acorazado y cuatro cañoneras fondeó en Los Pozos, la batería emplazada en la costa hizo vibrar la tarde con el estampido de sus salvas.

El 28 de mayo tuvo lugar la recepción solemne de los restos gloriosos por parte del gobierno argentino, y fue desembarcado el féretro sobre el que destacaba sus colores aquella Bandera de los Andes que ayudaron a



bordar las manos de Remedios: quizá por eso la seda parecía plegarse con suave dulzura de caricia...

Sarmiento, el gran sanmartiniano, pronunció en el muelle de las Catalinas su discurso magnífico y palpitaron con más fuerza los corazones cuando destacó la grandeza del acontecimiento diciendo:

“Después de un largo ostracismo vuelven hoy estos gloriosos despojos a reposar en nuestro seno y serán depositados en el altar de la patria santificado por la presencia del más ilustre de sus mártires”.

Desde el muelle de las Catalinas siguió el cortejo por entre un doble cordón de tropas que presentaban armas hasta la Plaza del Retiro y allí, Nicolás Avellaneda —que presidía aquel gran día argentino— comenzó con la frase de Quintiliano: “Pocas palabras ante tan magno hecho”, aquella arenga, insuperada elegía heroica que es la oración de la gloria sanmartiniana.

Luego aquel cortejo imponente que desbordaba las calles del recorrido llegó a la Catedral y los restos venerandos fueron depositados en el mausoleo presidido por el sarcófago de mármol negro y donde tres estatuas —las tres patrias por él libertadas— se yerguen como centinelas de mármol desvelado para guardar el sueño de su Gran Capitán.

Después en muchas ciudades de la Patria se levantó el homenaje del mármol o del bronce, por lo general réplicas de aquella estatua ecuestre erigida en 1862 en la plaza que hoy lleva su nombre y que le muestra jinete en su caballo de pelea, guerrera y firme la apos-

tura, imperativo el índice como ordenando con resuelto ademán la carga definitiva en la Cuesta de Chacabuco.

La glorificación se extendía por América donde países agradecidos le rendían también su ofrenda en mármol o bronce imperecederos: era llegada la hora anunciada por el poeta:

“No morirá tu nombre  
ni dejará de resonar un día  
tu grito de batalla,  
mientras haya en los Andes una roca  
y un cóndor en su cúspide bravía!”

*ORACIÓN SANMARTINIANA*

Tú supiste de las vigili­as fecundas cuando insomne y preocupado frente al Ande, forjabas tus legiones de epopeya para hacer realidad la emancipación de América... Tú supiste del ímpetu heroico que nace en el corazón hecho coraje e impulsa hacia la victoria o hacia la muerte, y con ese ímpetu cargaste al frente de un turbión de aceros, en la española Arjonilla, en la argentina San Lorenzo y en la chilena Chacabuco.

Tú supiste del cruento y largo y doloroso sacrificio al inmolarte dos veces: una en Guayaquil cuando cediste el laurel, ya por ti desgajado, para que no se demorase en tierra peruana la batalla definitiva de la libertad; la otra en 1829 en el puerto de Buenos Aires, cuando emprendiste amarga ruta de ostracismo porque tu espada, que era solamente de la Patria, jamás acaudillaría la fracción fratricida.

Tú supiste del pan escaso, de la calumnia artera, de la ingratitud amarga; pero fortalecido en grandeza confiaste en que un día las generaciones argentinas encontrasen tu verdad y tu mandato, y en nombre de esa verdad y de ese mandato te han ungido Padre de la Patria, nimbado de gloria, de austeridad y de sacrificio.

Por Ti bronce y mármoles plurales se levantan en la instancia del homenaje; por ti vela el recuerdo en

inextinguibles lámparas votivas; por ti maestros y poetas, obreros y soldados, madres y novias de la Patria, los argentinos todos llevamos en los corazones tu imagen grabada con respeto y amor, y por eso la voz se hace oración para decirte:

Padre Nuestro que estás en las almas, vela por esta Argentina toda tuya que cimentaste en libertad; por esta Argentina de tu sueño que marcha hacia el logro de su destino abanderada de voluntad y de esperanza; por esta Argentina que anhela crecer bajo tu ejemplo templada en sacrificio y con signo de laurel.

Vela por esta tierra toda tuya que avanza hacia el futuro segura de que Tú, Padre tutelar de la Epopeya, estás desde la inmortalidad dirigiendo las grandes rutas y orientando las grandes horas. Vela por las almas del credo de Mayo, por las multitudes del rito azul y blanco que llevan en sus almas tu imagen nimbada de gloria inmarcesible.

Acaudilla, como en la hora en que tu corvo glorioso era guía en las cargas decisivas, a esta Nación señera de destino que conoce la ruta de Atenas y ha frecuentado el sendero de Esparta, a esta Patria de multiplicada espiga, de mies plural, de sementales pródigos que, si se inclina afanosa sobre la morena tierra fecunda, sabe alzar siempre la mirada para llenarla con alta luz de estrella.

Acaudilla la marcha de los millones de argentinos del profético sueño de Sarmiento en pos de la bandera

desplegada en ufano tremolar de predestinaciones, y cuida, orienta y vela desde tu solio de inmortalidad y de laurel a esta Argentina que es toda corazón y es toda plinto para sentir tu gloria, para amar tu grandeza y para alzarte, inaccesible y sólo, sin par y sin émulo, a la admiración de los tiempos y de los pueblos.

## CANTO A SAN MARTÍN

### I

*Fue Yapeyú —legado misionero—  
lugar de la gloriosa epifanía,  
cuando en una mañana de febrero  
que el alto sol en oros encendía,  
quiso el destino darnos el austero  
genial soldado de la Patria mía  
en el solar heroico de Corrientes  
que es aguerrida cuna de valientes.*

*Dar libertad y con pujante espada  
sellar victorias y fojar naciones  
fue su genial misión predestinada;  
y tras la ruta azul de sus pendones:  
bajo aquella bandera desplegada  
que en puro cielo bruñe sus blasones,  
marcharon al combate sus guerreros  
benedicidos de gloria los aceros!*

*Templó su espada en la lejana España  
por los mismos caminos que siguiera  
otrora el Cid, signándolos de hazaña;  
y en Arjonilla y en Bailén y Albuera,*

*en la sierra, en el mar, en la montaña,  
en la africana tierra, por doquiera  
dejó su arrojo perdurable huella:  
pero estaba el mensaje de la estrella...*

*Alto mensaje que era su destino:  
ser lo que debe ser, o no ser nada.  
Ya en el distante ámbito argentino  
de Mayo se irradiaba la alborada  
y Paraguay y Alto Perú camino  
fueron de la legión esperanzada  
que vio frustrarse, entre el contraste vario,  
su preclaro mensaje libertario.*

*Pero llega a la Patria el Esperado,  
el héroe predilecto de la gloria,  
el fiel acero en libertad templado,  
el genio de sublime trayectoria  
que saldrá del combate coronado  
con el lauro inmortal de la victoria,  
y que viene a ofrecer su invicta espada  
de la Patria ante el ara venerada.*

*Ya monta en su caballo de pelea  
rumbo hacia el Paraná donde el corsario  
en crueldades acuña su presea  
y depreda y asalta y temerario*

*sus naves artilladas timonea,  
guiado por la visión del campanario  
donde el humilde fraile franciscano  
hace doblar el toque del cristiano.*

*Allí, libra el combate que inaugura  
su genial epopeya americana:  
el paisaje en el alba se empurpura;  
desplegada la enseña castellana  
avanzan las columnas, y fulgura  
un sable corvo al sol de la mañana:  
meridiano de gesta que es comienzo  
del prólogo triunfal de San Lorenzo!*

*Y allí, al empuje de la carga homérica,  
ante el valor del ímpetu argentino,  
cedió el empuje de la tropa ibérica:  
y para que Él cumpliera su destino  
de forjar tres naciones en América,  
Cabral, el abnegado correntino,  
el jefe salva, al precio de su vida,  
dejándonos memoria bendecida.*

## II

*La Patria busca por el Norte, en vano,  
la ruta del mensaje libertario  
y allá va el Paladín Americano  
a la frontera hostil, a aquel calvario  
del denodado esfuerzo de Belgrano;  
Yatasto de la Historia fue escenario  
porque al ver abrazarse a aquellos grandes  
¡el cielo todo se enastó en los Andes!*

*Pero bien sabe el Genio que no es esa  
la senda que conduce a la epopeya,  
que ha de mellarse el filo de la empresa  
al avanzar por la comarca aquella;  
que es menester trocársela en fortaleza  
donde el alud de la invasión se estrella:  
donde Güemes —coraje que atalaya—  
con pechos criollos alce su muralla.*

*Y luego Él, en su ínsula cuyana  
en plurales jornadas fatigosas  
cimenta su epopeya americana;  
en las recias maestranzas afanosas  
Fray Luis Beltrán, en fiel vigilia, hermana  
alba y ocaso en dos iguales rosas...  
Y así se forja, al pie de la montaña  
la legión inmortal para la hazaña!*

*Y la hazaña estupenda fue cumplida  
y el cóndor vio —cual lo anunció el poeta—  
que la enhiesta montaña era vencida  
y en la roca más alta y sola y prieta  
se desplegaba en auras bendecida,  
cielo toda en pureza azul concreta  
la bandera ¡y el sol que la miraba  
en su seda triunfal se aprisionaba!*

*[Y del Ande vencido, rumorosos  
descienden los gallardos batallones,  
tambores y clarines jubilosos  
dan su acento marcial a las legiones;  
y, al frente de mil sables valerosos,  
el Genio forjador de tres naciones  
carga a lo Cid en la empinada cuesta  
y Chile se embandera con la gesta.*

*Chacabuco y Maipú: claras jornadas;  
yunque donde los sables granaderos  
rompieron las cadenas aherrojadas  
con el tajo triunfal de sus aceros,  
mientras alegres voces levantadas  
anuncian como heraldos pregoneros  
que Chile en sus banderas inaugura  
el alto brillo de su estrella pura.*

## III

*Pero allá donde el Inca alzó su imperio,  
donde templos de múltiples terrazas  
al sol honraron en ritual misterio  
bajo el temor de dominadas razas;  
en tierras de sumiso cautiverio  
donde hombres ceñidos en corazas,  
llevando el gesto de Pizarro al frente  
conquistaron a medio continente;*

*en el viejo Perú, tierra signada  
por el prestigio azul de la leyenda,  
do el virrey cortesano y la "tapada"  
de amor libraron lírica contienda;  
donde España se yergue encastillada  
segura de tener quien la defienda,  
ha levantado su bastión roquero  
el coraje orgulloso del ibero.*

*Y allá va, sobre el mar, la redentora  
cruzada americana que acaudilla  
San Martín. Rompe en el mar la prora  
rosas de espuma y de cristal. La quilla  
se empenacha con lábaros de aurora  
y, en la costa, la tierra se arrodilla  
para que timbre todos sus senderos  
un recio galopar de granaderos!*

*...el estridor de bélicos compases  
desnudó el brillo fiel de las espadas  
y otra vez aguerridas y tenaces,  
en su misión de redimir confiadas,  
vencieron las legiones, las audaces  
legiones por el Genio convocadas  
para asumir la empresa soberana  
de cimentar la libertad peruana.*

*Hasta que un día, en medio de la plaza  
poblada de fervor y de clamores,  
cuando Lima ya rota su mordaza  
en balcones de piedra ostenta flores  
y un plural rojo de clavel enlaza  
privilegio de aromas y colores,  
cuando ya es ilbre la peruana tierra  
aunque aún ardan las forjas de la guerra;*

*San Martín les ofrenda libertades,  
el símbolo augural de la bandera,  
el blasón para sus heroicidades,  
la Ley Fundamental, la que es cimera  
de justicia y de paz en las edades,  
y toda aquella obra que Él cumpliera  
y que un ramo de mirto simboliza  
al lado del laurel que es su divisa.*



## IV

*Después, llegó la hora, aquella ungida  
es pura abnegación sacrificada,  
el hito cenital para su vida  
donde se yergue el Santo de la espada...  
pues deja la victoria ya obtenida,  
la rama de laurel ya desgajada,  
y en Guayaquil, en rasgo inimitable,  
envaina en cielo el brillo de su sable.*

*Y emprende su retorno generoso  
desandando caminos de epopeya,  
las rutas de combates hazañosos,  
el Ande con la marca de su huella,  
hasta llegar a Cuyo, y silencioso  
bajo la paz señera de la estrella  
ve ondular en el viento desatado  
el mar de espigas del trigal dorado.*

*Ya su genial misión está cumplida,  
ya la América esplende libertada,  
pero queda otra etapa dolorida  
para aquella grandeza inigualada:  
la larga etapa que signó su vida  
de ingratitud con obstinaz punzada  
y que cumplió, venciendo a sí mismo,  
en el largo dolor del ostracismo.*

*Y allá donde el peñasco se levanta  
como un fiel centinela desvelado,  
en donde el mar embravecido canta  
su ronco miserere, desatado  
en un turbión de espuma, y se agiganta  
la noche en soledad; triste, callado,  
piensa el Libertador en la epopeya  
y hay en sus ojos un temblor de estrellas...*

*Hasta que un día la Muerte, la Esperada,  
llegó a la cumbre del roquero nido  
y con huesosa garra descarnada  
del grande corazón quebró el latido;  
mas se alejó vencida, demudada,  
arrastrando su túnica de olvido,  
porque entraba la Gloria y en sus manos  
el dolor y el laurel eran hermanos.*

## V

*Y después, fueron mármoles plurales,  
ecuestres bronce, voces levantadas  
en gallardas estrofas augurales,  
férvidas multitudes convocadas  
por gratitud y admiración iguales;  
caravanas de hazaña contagiadas,  
legendario coraje de soldados  
en el modelo sin igual forjados;*

*y canciones de niños, mil canciones  
 en fervor y en orgullo florecidas,  
 y este latir de nuestros corazones  
 y este austero ofrecer de nuestras vidas  
 y este nombrarle en nuestras bendiciones  
 y esta Argentina toda conmovida  
 que, erguida sobre el plinto de los Andes,  
 ¡le proclama el más grande de sus grandes!*



## Índice

	Pág
<b>Primera Parte: INFANCIA Y JUVENTUD</b>	
Los Padres .....	9
El Solar Predestinado .....	13
<b>Segunda Parte: LA FORJA DEL SOLDADO</b>	
El Temple Heroico .....	21
La Invasión Napoleónica .....	24
Tres Jornadas Heroicas .....	29
<b>Tercera Parte: EN LA TIERRA DE MAYO</b>	
La Voz del Destino .....	37
El Regimiento Inmortal .....	42
Remeditos .....	47
San Lorenzo .....	51
San Martín y Belgrano .....	56
<b>Cuarta Parte: EL PLAN CONTINENTAL</b>	
La Forja Cuyana .....	65
El Paso de los Andes .....	74
El Reducto Peruano .....	80
La Guerra en el Sur .....	84
"El Sol por Testigo" .....	91
La Ruta de Lima .....	98
La Libertad Peruana .....	103

	Pág
<b>Quinta Parte: LA GRANDEZA DE GUAYAQUIL</b>	
El Camino de Guayaquil .....	113
La Conferencia "Misteriosa" .....	117
El Peregrino del Sacrificio .....	125
<b>Sexta Parte: EL OSTRACISMO EJEMPLAR</b>	
La Áspera Senda del Ostracismo .....	131
El Amargo Regreso .....	137
La Ciudad Luz .....	142
Los Días de "Grand Bourg" .....	147
La Etapa Postrera .....	155
<b>Séptima Parte: EL ARQUETIPO</b> .....	159
ORACIÓN SANMARTINIANA .....	167
CANTO A SAN MARTÍN .....	173

*Este libro se terminó de imprimir el día veinte de marzo de mil novecientos cincuenta y seis, en los talleres gráficos de la Librería y Editorial CASTELLVI S.A. — San Martín 2355 Santa Fe (Argentina)*